

6590
JACINTO BENAVENTE

Premio Nobel de Literatura de 1922.

LOS MALHECHORES DEL BIEN

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Lara el 1.º de diciembre de 1905.

TERCERA EDICIÓN

Copyright by Jacinto Benavente. — 1924.

Administración de las obras teatrales

de JACINTO BENAVENTE

Mesón de Paredes, 6 y 8, 2.º — Horas : de dos y media a cinco.

1924

LOS MALHECHORES DEL BIEN

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, Tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

La Administración y representantes de Jacinto Benavente son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

96
JACINTO BENAVENTE

PREMIO NOBEL DE LITERATURA DEL AÑO 1922.

LOS MALHECHORES DEL BIEN

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Estrenada en el TEATRO LARA el día 1.º de diciembre
de 1905.

TERCERA EDICIÓN

MADRID

LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO

Calle del Arenal, núm. 11.

1924

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA MARQUESA VIUDA DE CASA-	
MOLINA	Sra. Valverde.
DOÑA ESPERANZA.....	— Rodríguez.
ASUNCIÓN	Srta. Alba.
TERESA.....	— Domus.
NATIVIDAD.....	Sra. Ruiz.
LA REPELONA.....	— Beltrán.
UNA CRIADA	Srta. García Roch.
DON HELIODORO.....	Sr. Rubio.
JESÚS	— Calle.
MARTÍN	— Pacheco.
ENRIQUE	— Barraycoa.
EL MARQUÉS DE SANTO TORIBIO.	— La Riva.
DON FRANCISQUITO.....	— Zorrilla.
CABRERA	— Simó Raso.
UN CRIADO	— Iglesias.

La acción en un pueblo puerto de mar.—Época actual.



ACTO PRIMERO

Sala en casa de la Marquesa viuda de Casa-Molina.

ESCENA I

La MARQUESA DE CASA-MOLINA y DON FRANCISQUITO

FRANCIS. ¿Manda otra cosa la señora Marquesa?

MARQUESA. Nada, don Francisquito; que estén listas todas esas cuentas antes de la Junta de esta tarde. ¿Ha comprobado usted los abonos devueltos? No tengamos lo del mes pasado.

FRANCIS. Descuide la señora Marquesa. Desde que las señoras de la Junta, con muy buen acuerdo, han decidido que sirva los bonos el otro Zurita, no volverá a suceder.

MARQUESA. ¿Pero se ha cambiado de almacén? Siempre dijeron que el de Zurita era el mejor.

FRANCIS. Sí, señora Marquesa; pero es que hay dos Zuritas en comestibles, dos hermanos; un Zurita es el bueno, pero ése es el malo.

MARQUESA. No comprendo...

FRANCIS. Es el bueno, porque tiene los mejores géneros; pero es el malo, porque es un hombre sin religión y sin conciencia, que les roba a ustedes sin escrúpulo, sin mirar que es de los pobres el dinero de ustedes.

MARQUESA. Cierto. ¿Y ahora se ha cambiado?

FRANCIS. Sí, señora; por el otro Zurita, que es el que dicen todos el malo, porque no tiene el almacén tan bien surtido; pero es el bueno; un santo varón incapaz de lucrarse malamente.

MARQUESA. Ahora lo entiendo; el malo es el que tiene la tienda buena y el bueno es el que tiene la tienda mala.

FRANCIS. Sí, señora Marquesa.

MARQUESA. Y de ése nos surtimos ahora: me parece muy bien.

FRANCIS. Lo acordaron las señoras en la última Junta. La señora Marquesa no estaba aquí todavía; pero me extraña que no le hayan dicho nada a la señora Marquesa.

MARQUESA. Me lo habrán dicho, pero no me he enterado, con esa confusión; los dos Zuritas: el bueno, que es el malo; el malo, que es el bueno. ¡Ay, todo sea por Dios, y lo que cuesta hacer bien y qué poco le ayudan a una!...

FRANCIS. Sí, señora, sí; hay muy poca religión y muy poca caridad y poquísima conciencia. Pensar que muchos de los que socorren ustedes son los primeros en hablar pestes...

MARQUESA. ¡Cómo ha de ser! El bien se hace por Dios; de la gente ya sabe uno lo que puede esperar, malas palabras y peores obras. No descuide usted esas cuentas.

FRANCIS. De ningún modo, señora Marquesa. (*Vase por segunda derecha.*)

ESCENA II

La MARQUESA y ENRIQUE por la primera derecha.

ENRIQUE. Buenos días, mamá. (*La besa la mano.*)

MARQUESA. ¡Hijo mío!

ENRIQUE. ¿Cómo has pasado la noche?

MARQUESA. Bien. Y tú, ¿cómo estás? ¿No has sentido hoy el dolor de cabeza al levantarte?

ENRIQUE. No, mamá.

MARQUESA. ¿Tomaste a media noche el medio vaso de leche y las dos galletas?

ENRIQUE. No, mamá.

MARQUESA. ¿Por qué?

ENRIQUE. Porque no me he despertado en toda la noche.

MARQUESA. Así te levantas luego tan débil. Tendré yo que entrar a despertarte para que te alimentes.

ENRIQUE. No, mamá.

MARQUESA. ¿Por qué?

ENRIQUE. Porque luego no me duermo y prefiero dormir. ¿Y los primos no se han levantado todavía?

MARQUESA. No. Estarán cansados del viaje. Desde París hay un tirón, y en Madrid no se detuvieron nada.

ENRIQUE. ¿Duermen en la misma habitación?

MARQUESA. Naturalmente: ¡un matrimonio! ¡Qué pregunta!

ENRIQUE. Es que anoche oí yo a mi prima que en París, en el hotel, habían tenido dos habitaciones.

MARQUESA. ¿Dijo eso? Me choca. ¡Cosas de París!

ENRIQUE. Y también dijo que en todas partes los tomaban por padre e hija, menos una vez que los tomaron...

MARQUESA. ¿Por hermanos?

ENRIQUE. No...; por..., Teresita lo dijo.

MARQUESA. ¡Qué disparate! Tu prima Teresa tiene unas bromas..., porque todo es broma. No es tanta la diferencia de edad; ni ella es tan joven, ni su marido es tan viejo.

ENRIQUE. Es que mi primo político es tan feo...

MARQUESA. Han dado en decir que es feo; yo no lo encuentro tan feo para hombre: en cambio es un santo, un hombre ideal, de los que ya no quedan, y Teresita nunca alabará a Dios bastante por la suerte que le ha deparado. Una muchacha sin posición, después de la catástrofe de su casa...

ENRIQUE. La prima es muy guapa, ¿verdad?

MARQUESA. Demasiado. No debía procurar parecerlo tanto. Viste de un modo muy impropio. Aquí no debe vestirse de ese modo si no quiere ponerse en ridículo. Ya se lo diremos.

ENRIQUE. ¿Van a estar aquí mucho tiempo?

MARQUESA. Muy poco; mientras les arreglan su casa de Moraleda.

ENRIQUE. ¡Ah! ¿Van a vivir en Moraleda?

MARQUESA. ¡Naturalmente!

ENRIQUE. Yo creí que vivirían en Madrid.

MARQUESA. ¡Qué disparate! Juanito no se ha casado con tu prima para vivir en Madrid. Allí se necesita mucho dinero para sostener una posición decorosa. En Moraleda pueden ser los primeros si tu prima sabe conducirse; pero Teresita ha tenido siempre muy poco juicio, lo mismo que tu pobre tío Ramón, Dios le haya perdonado, ¡cabeza más destornillada!; así arruinó su casa y nos dió a todos tantos disgustos; como tu tío Heliodoro, mi otro querido hermano, vivo y fuerte a Dios gracias. ¡Ay! Muy triste es decirlo, pero en nuestra familia los hombres han valido muy poco; por algo tengo yo siempre miedo...

ENRIQUE. ¿A qué? ¿A que sea yo malo?

MARQUESA. ¿Tú? ¡No, ángel mío! Tú eres muy bueno, lo serás siempre. ¿Verdad que sí? Sobre tu buen natural, la educación y el ejemplo hacen mucho. Tiempo tendrás de ver el mundo cuando llegues a edad razonable; pero entretanto seguirás en nuestra vida patriarcal: ocho meses del año en Moraleda, los otros cuatro aquí, en este pueblo tranquilo, frente al mar, y dejémonos de Madrid, lejos, lejos de esa Babilonia. Bastantes cuidados me costó sacarte adelante, con lo delicado que naciste; gracias a esta vida ordenada; y ya que la salud del cuerpo parece asegurada, atendamos a la del alma, que importa más y se pierde más pronto. Me parece que el matrimonio se ha levantado ya; sí, es Juanito.

ENRIQUE. Espero para saludarle.

ESCENA III

DICHOS: y el MARQUÉS DE SANTO TORIBIO por la izquierda.

MARQUÉS. ¡Querida tía! ¿Cómo has pasado la noche?

MARQUESA. Muy bien; ¿y vosotros? ¿Habéis dormido? ¿No habéis extrañado la cama?

MARQUÉS. Nada, nada. Yo, en un sueño toda la noche. Cansadillo del viaje a pesar del *sleeping*. Yo no sé dormir en el tren... ¡Hola, Enriquito, muy buenos días!

ENRIQUE. Muy buenos días, primo. ¿Y Teresita?

MARQUÉS. Concluye de peinarse. Saldrá en seguida.

MARQUESA. ¿Qué desayuno queréis que os preparen?

MARQUÉS. Cualquier cosa. El que os sirvan a vosotros.

MARQUESA. A nosotros chocolate con bizcochos. Pero si preferís otra cosa...

MARQUÉS. No, no; chocolate.

MARQUESA. Enrique, di que preparen chocolate. (*Vase Enrique por la izquierda.*)

ESCENA IV

La MARQUESA y el MARQUÉS.

MARQUÉS. Tiene muy buena cara Enriquillo. Anoche cuando llegamos me pareció de peor color: sería la luz.

MARQUESA. Sí, está muy bien. ¡Pobre hijo mío!

MARQUÉS. No estudia nada, por supuesto...

MARQUESA. Nada; prohibido en absoluto.

MARQUÉS. Muy bien hecho; que se robustezca primero; es muy joven.

MARQUESA. Diecinueve años. ¡Cómo pasa el tiempo! Si su pobre padre le viera! Toda su ilusión era este hijo. Ya se ve, el único...

MARQUÉS. Y como no esperaba tener ninguno... ¿Qué edad tenía el tío Manuel cuando nació Enriquito?

MARQUESA. Cincuenta y dos años.. Muy buena edad.

MARQUÉS. Cincuenta y dos... No los representaba.

MARQUESA. Había hombre para muchos años; pero los disgustos, las contrariedades... Me cuesta decirlo, pero mis hermanos le quitaron la vida con su mala cabeza. ¡Qué de pleitos, qué de trapison-

das! ¡Lo que él trabajó por sacarlos adelante, inútilmente!; gracias si a fuerzas de fuerzas consiguió que no nos arrastraran en su ruina y pudo salvarnos a su hijo y a mí de la miseria; pero todo fué a costa de su salud.

MARQUÉS. Y dime, tu hermano Heliodoro, ¿qué se hace? ¿Sigue tan famoso? Me sorprendió anoche encontrarle aquí. Yo no sabía que vivía con vosotros.

MARQUESA. Por temporadas. Del desastre de su fortuna logró salvar tres o cuatro mil pesetillas de renta que se gasta todos los años en Madrid, en un mes o dos a lo sumo, algunas veces en quince días, y el resto del año vive con nosotros, atenido a una modesta pensión que se le pasa.

MARQUÉS. ¿Y os da mucha guerra?

MARQUESA. No; cuando no tiene dinero está muy abatido. Se contenta con predicar ideas disolventes; por supuesto, nunca delante de Enrique, eso no, le está prohibido, y en eso sí que no transijo; de otro modo no le tendría en casa, porque dice cosas horribles.

MARQUÉS. Todas las que ya no puede hacer.

MARQUESA. Verdaderas herejías.

MARQUÉS. Y de su afición a la bebida, ¿se contenta también con predicar?

MARQUESA. ¡Ay, eso no! Todavía, de cuando en cuando... Lo único que hemos conseguido es que no las pasee por esas calles, que sean en sitio reservado; como aquí todos le conocen, tienen orden de traerle a casa sin que nadie se entere, se está dos o tres días acostado; para Enrique figura que padece de jaquecas; y así vamos llevando esta cruz, que nunca falta alguna en la vida. Y tú, ¿estás contento de tu matrimonio? Yo espero que sí.

MARQUÉS. Sí lo estoy. Teresa es encantadora, un carácter muy igual y tan alegre...

MARQUESA. Eso sí, muy viva de genio; pero algo hay que conceder a los pocos años; al lado de un hombre de experiencia como tú, se sentará pronto.

Yo creo que seréis muy felices y tendrás en ella la mujer que faltaba en tu casa y la segunda madre que necesitaban tus hijos; las pobres criaturas, que perdieron a la suya tan pronto. Si todos hubieran sido chicos, pero las niñas sin una mujer a su lado no era posible. Y Teresita es muy cariñosa, eso sí, y los niños la encantan; los querrá como si fueran suyos.

MARQUÉS. Eso creo; aunque por ahora quiero que sigan todos en sus colegios, me escriben muy contentos..., contentos del colegio; pero, cosas de chicos, mejor dicho, cosas de los mayores que les hacen pensar en lo que ellos no pensarían, escriben disgustadillos por mi casamiento; las niñas, sobre todo, si vieras qué carta... Me hizo gracia en medio de todo, pero me ha contrariado.

MARQUESA. Ahí veo la mano de tu hermana Rosalía, que habrá llevado muy a mal tu casamiento.

MARQUÉS. ¡Figúrate!

MARQUESA. ¿Y quién tiene la culpa? Si ella tuviera otro genio, a nadie mejor podías haber traído a tu casa.

MARQUÉS. No me hables; ni yo, ni los chicos, ni los criados, podemos aguantarla; ya la conoces.

MARQUESA. No, si ésa ya se lo pronostiqué la última vez que reñimos: morirá sola en un rincón rodeada de gatos y de cotorras.

ESCENA V

DICHOS y ENRIQUE por la izquierda con una mano vendada.

ENRIQUE. Ya dije que hicieran chocolate.

MARQUESA. ¿Qué te ha pasado en esa mano?

ENRIQUE. Nada, que me he quemado un poco.

MARQUESA. ¿Que te has quemado? ¿Cómo? ¿En la cocina?

ENRIQUE. Con la maquinilla de alcohol de Teresita. Pasé

por su cuarto, me llamó, se estaba rizando el pelo, se cayó la maquinilla...

MARQUESA. ¡Qué diablura! Os pondríaís a jugar como dos chiquillos. Ponte patata raspada en seguida.

ENRIQUE. Si no vale la pena.

MARQUÉS. ¿A qué hora llega el correo?

MARQUESA. A mediodía.

MARQUÉS. ¿Recibís algún periódico?

MARQUESA. De Moraleda, el nuestro, el de siempre; de Madrid, ninguno; si hay alguna noticia interesante nos la cuenta don Francisquito; los periódicos no son para andar en manos de todos. Si quieres alguno, don Francisquito te lo traerá, siempre que tengas cuidado de no dejarlo luego por ahí.

MARQUÉS. No, si yo tampoco soy muy aficionado a periódicos; leo las noticias y nada más.

ESCENA VI

DICHOS y TERESA por la izquierda.

TERESA. Buenos días, tía... Dame un beso.

MARQUESA. ¡Jesús!

TERESA. ¿De qué te asustas?

MARQUESA. De nada; luego te lo diré.

TERESA. No, dímelo ahora.

MARQUESA. No, delante de Enrique, no.

TERESA. Ya estoy también asustada...

MARQUESA. (*Bajo.*) Ese *deshabillé*, hija mía; demasiado escotado.

TERESA. ¡Ah! ¿Es eso? Pero si yo puedo escotarme sin peligro; estoy tan delgaducha...

MARQUESA. No digas desatinos; ese *matinée* es de París, ya se conoce.

TERESA. Sí, pero está comprado en unos almacenes que, según dicen, pertenecen a una Asociación religiosa.

MARQUESA. ¡Teresita! Comprende que a tu posición y a tu

estado no sienta ya bien ese tono ligero. Eres una mujer casada.

TERESA. Ya lo sé; pero ¿qué quieres? No se cambia de genio, como de estado, en un día. Si siempre he sido una chiquilla; mi cuerpo ha crecido, ha crecido, pero mi espíritu continúa siendo niño, y necesito mirarme mucho, recordar los años que tengo, para no ponerme a saltar a la comba, a jugar con muñecas, a cantar al corro: tía, cuando pienso que al volver a Moraleda me encontraré en casa con cuatro pequeños, no puedo pensar en que he de ser su madre, en que deben ser mis hijos; no, son cuatro hermanos, cuatro hermanillos chicos con quien reír y jugar. ¡Cómo jugaremos! ¡Cómo van a quererme y cómo los quiero ya, sin haberlos visto, sólo porque son niños, como mi alma, y porque no tienen madre, como yo.

MARQUÉS. Pero ¿sabes que he decidido no llevarlos, por ahora, a Moraleda?

TERESA. ¿Por qué?

MARQUÉS. Porque les conviene seguir en el colegio; escriben que están muy contentos; aquello les prueba... Además, no quiero esclavizarte tan pronto. ¿Qué vas a disfrutar si en seguida empiezas con los cuidados de una casa y de una familia?

TERESA. ¿Esa idea tienes de mí? Verdad que yo me tengo la culpa. Como digo que soy una chiquilla, no fías en mi juicio; la tía también te habrá dicho lo mismo, que no tengo formalidad; siempre ha tenido esa idea de mí.

MARQUESA. ¡No sé por qué dices eso! Si tuviera esa idea de ti, no te hubiera creído digna de la delicada misión que te has impuesto al casarte.

TERESA. Sí, sí; eso dices, pero yo veo claro. Ya lo sabes, Juan, no tienes en mí una madre para tus hijos; tienes una chiquilla más, un cuidado más; edúcame bien, porque estoy muy mal educada, y eso que, a pesar de haberme quedado sin madre muy pronto, tuve después una madrastra muy severa, que sabe educar a los más rebeldes.

MARQUESA. ¿Una madrastra?

TERESA. Sí, la adversidad.

MARQUESA. Puedes quejarte. ¿Qué duró para ti la adversidad? Cuando todo faltó en tu casa, ¿qué te faltó en la nuestra? ¿No procuramos por todos los medios que fueras feliz? ¿No lo eres hoy?

TERESA. Es que yo no soy egoísta; para creermé feliz necesito saber que lo son cuantos me rodean, y en mi casa no era yo sola y no todos se libraron de la adversidad, y ahora no soy sola tampoco, y para ser feliz necesito que lo sean todos, ¿entiendes?, todos; y al decirme que ya no vendrán los niños con nosotros, pienso que hubo algo capaz de cambiar tu decisión. ¿Fué algo que te dijeron, o algo que viste en mí y te hizo pensar de otro modo? Sed francos, decidme siempre lo que sintáis; yo quiero ver siempre caras iluminadas por la franqueza, corazones abiertos; no sé leer en los rostros sombríos ni en los ceños adustos. Me espantan, me desconciertan. ¿Hago mal en estar siempre alegre? Seré muy seria, ya lo veréis, muy seria; pero no estéis serios vosotros; de ese modo podré, a lo menos, seguir alegre por dentro para mí sola.

ENRIQUE. ¡Mamá, mamá! No riñáis a Teresita.

MARQUESA. ¿Reñirla? No. ¡Qué disparate! Pero ¿qué tienes? ¡Este hijo mío...! ¡Está llorando! Esta criatura es tan sentida... ¿Por qué lloras?

MARQUÉS. ¡Un hombre! ¡Y sin motivo!

MARQUESA. ¡Qué corazón!

TERESA. ¡Pobre Enrique! ¡Si sientes así no vas a ser muy feliz en la vida!

ESCENA VII

DICHOS y una CRIADA por la izquierda.

CRIADA. Cuando los señores Marqueses quieran, pueden tomar el chocolate.

MARQUESA. ¿Queréis que os lo sirvan aquí?

MARQUÉS. No; vamos allá.

TERESA. Yo no tomo nada; nos hemos levantado más tarde que de costumbre, y si tomara algo no almorzaría.

MARQUÉS. Como quieras; yo sí; estoy desfallecido.

MARQUESA. Enrique, acompaña a tu primo.

MARQUÉS. Gracias. Y luego también harás el favor de llevarme al telégrafo.

ENRIQUE. Con mucho gusto.

MARQUÉS. Hasta luego, tía.

MARQUESA. Hasta luego. *(Se van el Marqués y Enrique por la izquierda.)*

ESCENA VIII

La MARQUESA y TERESA

TERESA. ¡Qué buen muchacho es Enrique!

MARQUESA. Muy bueno. ¡Pobre ángel mío!

TERESA. Pero ¿no te asusta esa bondad toda dulzura? ¿No temes que sea entregarle indefenso a luchar con la vida? Piensa que nació muy tarde de tu matrimonio, que no tiene padre; que tú, Dios no lo quiera, puedes faltarle cuando aún sea demasiado joven, un niño, como ahora, y tú no sabes lo que es pasar en la vida de los mimos de nuestros padres a la indiferencia de los extraños. Ahora no dirás que no hablo seriamente.

MARQUESA. Demasiado; porque me parece percibir alguna queja en tus palabras; tú no hallaste sólo extraños indiferentes al perder a tus padres.

TERESA. Es verdad, perdona; tú has sido muy buena conmigo, te lo debo todo.

MARQUESA. En este mundo, hija mía, no puede lograrse todo lo que se sueña; yo sé lo que son ilusiones para un corazón joven; yo sé cómo se sueña el amor a los veinte años; pero sé también, porque he vivido más que tú, que para una muchacha en tu situación no había mayor seguridad del por-

venir que este matrimonio..., razonable si quieres, demasiado razonable, para una joven; pero tú misma has de comprender algún día que era la mejor defensa contra los riesgos a que está expuesta de continuo, en el mundo, la virtud, cuando va unida a la hermosura y a la pobreza.

TERESA. Sí, lo comprendo, lo comprendí siempre; acepté sin violencia, más deseosa de poder hacer felices a los demás que de serlo yo misma.

ESCENA IX

DICHOS y DON HELIODORO por la segunda derecha.

HELIOD. ¡Sobrina! ¡Sobrinilla!

TERESA. ¡Muy buenos días, tío! ¿De dónde vienes tan temprano?

HELIOD. He empezado mi temporada de baños; el agua es mi elemento; me he dado un baño delicioso; es lo que mejor me prueba para mis jaquecas.

TERESA. ¿Sigues padeciendo las jaquecas?

HELIOD. Tremendas; de no poderme levantar en tres días. Anoche, cuando llegásteis, me amagaba una.

MARQUESA. Por fortuna no era de las fuertes.

HELIOD. No; se me pasó durmiendo. Por eso apenas os hice caso; ya me perdonaríais; cuando estoy así... Díselo a tu marido; como que con él no tengo confianza...

TERESA. Ya se hizo cargo.

HELIOD. Y ¿qué tal, qué tal la luna de miel y ese viaje de novios? París, delicioso, ¿verdad? Tú ya lo conocías.

TERESA. Estuve, de niña, muchas veces.

HELIOD. Sí, con tu padre. ¡Pobre Ramón! ¡Cómo le gustaba París! ¡Es encantador! Hay tres grandes épocas en la vida para visitarle: de soltero, de recién casado, de recién viudo. Yo le he visitado en las tres, y no sé cuándo me ha parecido mejor.

MARQUESA. ¿A tí? Cuando hayas estado más libre.

HELIOD. Entonces de casado, porque de soltero y de viudo estuve muy sujeto.

MARQUESA. Suprime el relato de tus aventuras; nos las figuramos.

HELIOD. ¿Pensáis estar aquí mucho tiempo?

TERESA. No lo sé; la casa de Moraleda está en obra.

HELIOD. Aquí vais a aburriros mucho; esto es muy triste.

MARQUESA. No sé por qué dices eso: la tranquilidad es su mayor encanto. Gracias a Dios, todavía se ve esto libre de veraneantes.

HELIOD. Sí, gracias a Dios y a que para llegar aquí hay que ponerse bien con Él. ¡Qué camino y qué servicio de cochés! Y luego aquí, ¡qué agrado con el forastero! Si parece llamativo el modo de vestir de los que llegan, los chicos les corren por las calles, y los grandes les miran como bichos raros, y las personas significadas hacen la bola como erizos, para evitar aproximaciones. ¡Y luego está el pueblecito de diversiones!... ¿Teatro? Ni pensarlo; en cuanto una compañía de cómicos se aventura por aquí, los curas desde el púlpito, doña Esperanza en su tertulia predicán la cruzada, y que si las obras son pecaminosas, que si la primera atriz no está casada con el que pasa por su marido, que si la dama joven sale con la falda muy corta...; a perecer los pobres cómicos. La música que teníamos los domingos en la glorieta también se ha suprimido, porque la gente del pueblo bailaba demasiado junta, y ahora las criadas van a un círculo que han fundado las señoras, y los obreros a otro círculo que han fundado los señores, a ensayar en un orfeón, que parece ser lo más edificante y moralizador que puede darse. El único café se cierra a las once, y reuniones no hay más que dos: una, aquí, ya verás qué divertida; y otra, los sábados, en casa de doña Esperanza, la obispa, como yo la llamo; la que todo lo inspecciona, gobierna y censura; la que dispone, desde cómo ha de ser el traje de baño y a qué hora ha de

bañarse la gente, hasta la hora en que hemos de acostarnos y con quién.

MARQUESA. ¡Calla, calla, no desatines!

HELIOD. Digo con quién, porque todas las bodas que aquí se hacen son cosa suya: la de los ricos y la de los pobres. Digo, de eso ya estás enterada, porque tu tía la imita en todo y a ti te ha casado por ese sistema.

MARQUESA. Heliodoro, Heliodoro, me parece que estás con la jaqueca. No sigas disparatando, porque me veré en el caso de llevarme a Teresita.

HELIOD. ¡Pobre Teresita! Ya verás lo que es esto; ¿qué voy a decirte? Ya conoces Moraleda; pues aquello en pequeño, más reducido el cerco, aquí nos pueden, nos ahogan. Ya verás, ya verás.

ESCENA X

DICHOS y DON FRANCISQUITO por la segunda derecha.

MARQUESA. ¿Que hay, don Francisquito?

FRANCIS. Doña Esperanza y doña Asunción esperan en mi despacho: preguntan si la señora Marquesa puede recibirlas, porque desean saludar a su sobrina la señora marquesa de Santo Toribio.

MARQUESA. ¡Ya lo creo! Que suban, que suban en seguida. (*Vase don Francisquito por la segunda derecha.*)

HELIOD. Ahí las tienes.

MARQUESA. Teresita, no tomes a mal mi advertencia, pero te aconsejaría que te quitaras ese *matinée*.

TERESA. ¿No es más que eso? En seguida. Me pondré otro vestido, ya verás.

HELIOD. Y con guantes, y mucho cuidado con lo que dices, no las asustes.

MARQUESA. Heliodoro, francamente, es preferible la jaqueca declarada; cuando estás con el amago no hay quien te aguante.

TERESA. Voy a ponerme seria. (*Vase por la izquierda.*)

MARQUESA. ¿Te parece bien decir esas cosas delante de Te-

resita? Gracias a que no te ha oído su marido.

HELIOD. Ya tendrá tiempo de oirme.

MARQUESA. Heliodoro, recuerda...

HELIOD. ¿Que estoy aquí de limosna, no es eso?

MARQUESA. Nadie dice eso. Con que recuerdes el respeto que debes a esta casa, a mí y a ti mismo, es bastante.

HELIOD. ¿Y mis convicciones? ¿No son respetables? ¿Y mis creencias, y mis sentimientos? ¿Creéis que por un pedazo de pan se compra todo eso?

MARQUESA. Hoy estás desatinado... ¿Y te sientas? ¿Piensas asistir a la visita de esas señoras? Pero no dirás disparates...

HELIOD. Ya lo creo que los diré; es mi única diversión en este pueblo: molestar a esas señoras; ya lo creo que diré cosas, ya lo creo.

MARQUESA. Dios me perdone. Dios me perdone.

HELIOD. Por el estallido que me deseas. ¿No es eso? Pues que Dios te perdone, como yo te perdono. (*Cantando La Marsellesa.*) «*Allons enfants de la patrie...*» No dirás que no me preparo a recibirlas.

MARQUESA. Por fortuna ya saben que estás loco.

HELIOD. (*Cantando.*) «*Le jour de gloire est arrivé.*»

ESCENA XI

DICHOS DOÑA ESPERANZA y DOÑA ASUNCIÓN por la segunda derecha.

ESPERANZA. ¡Marquesa!

ASUNCIÓN. ¡Marquesa!

MARQUESA. ¡Esperanza! ¡Asunción! ¡Queridas amigas!

HELIOD. ¡Señoras mías!

ESPERANZA. ¡Ah! Don Heliodoro... Por fin se deja usted ver. ¡Qué rareza!

ASUNCIÓN. Sí lo es. No se le ve a usted nunca...

HELIOD. No es extraño. No salgo los sábados por la noche.

ESPERANZA. ¡Eh!...

HELIOD. ¿No es el día de sus reuniones?

ESPERANZA. Sí, sí... (*Bajo a Asunción.*) Yo creo que ha querido llamarnos brujas.

ASUNCIÓN. (*Idem.*) ¡Desvergonzado! ¡Beodo!

HELIOD. (*Cantando.*) «*Contre nous de la tyrannie.*»

MARQUESA. No hagan ustedes caso; la familia empezamos a creer que está algo perturbado...; los disgustos...

ESPERANZA. Sí, y las jaquecas... ¿Conque anoche llegó Teresita con su esposo? Tan felices. ¿No es eso? Santo Toribio es un hombre sin tacha, ¡Qué caballero! ¡Qué cristiano! ¡Ah, si todos los hombres fueran como él!... Teresita será felicísima.

ASUNCIÓN. Y diga usted, ¿no hay novedad?

MARQUESA. ¿Novedad?

ASUNCIÓN. Vamos, si...

MARQUESA. ¡Ah!... No, por ahora no. En seguida saldrá a saludar a ustedes; se ha levantado un poco tarde. Fatigados del viaje.

ASUNCIÓN. Es natural.

ESPERANZA. Que no se molesten por nosotras...

MARQUESA. No es molestia; al contrario, tendrán mucho gusto...

ASUNCIÓN. El gusto es nuestro.

MARQUESA. Ella las quiere mucho a ustedes. En todas las cartas me daba recuerdos para ustedes.

ESPERANZA. Supongo que usted también se los habrá enviado de nuestra parte.

MARQUESA. Y los ha agradecido mucho.

ASUNCIÓN. Nosotras también. Ya sabe que la queremos mucho.

MARQUESA. Y ella les corresponde a ustedes.

HELIOD. (*Como hablando consigo mismo.*) Está a la disposición de ustedes. Está muy bien empleada.

ESPERANZA. ¿Qué dice este hombre?

MARQUESA. ¿Qué dices?

HELIOD. Nada; que faltaba esa fórmula... No hagan ustedes caso; asociación de ideas... «Mejor estaría. No cabe mejoría...» No hay como la buena crianza.

MARQUESA. Les digo a ustedes que nos alarma su estado.

ESPERANZA. La compadezco a usted, Marquesa; a mi hermana se lo digo yo muchas veces: ¡Pobre Marquesa!

ASUNCIÓN. Es verdad. Cuántas veces decimos en casa: ¡Pobre Marquesa!

MARQUESA. Ya sé que son ustedes muy buenas amigas.

ESPERANZA. Ya sabe usted que se la quiere.

MARQUESA. No hacen ustedes más que corresponder.

ASUNCIÓN. Ya sabemos que usted también nos quiere.

MARQUESA. Cuántas veces se lo digo yo a mi pobre hijo: Lo que yo quiero a Esperanza y a Asunción... Y Enrique también las quiere a ustedes mucho.

HELIOD. Y yo, yo también las quiero a ustedes.

ESPERANZA. Pues mire usted, don Heliodoro, del cariño de usted no nos fiamos tanto.

HELIOD. No sé por qué.

ASUNCIÓN. Usted es de cuidado. El rinconcito de usted en el Casino tiene fama; de allí salen todos los motes y todas las críticas...

ESPERANZA. Allí será donde han inventado ustedes lo de la pobre María de la O. ¿No lo ha oído usted, Marquesa? ¡Españoso! Yo no puedo creerlo. Verdad es que yo soy siempre la última en creer esas cosas.

HELIOD. Así, tardando en creerlas cunde más el irse enterando.

ESPERANZA. Es que de algún tiempo a esta parte ha tomado unas proporciones la maledicencia...; aquí, donde antes no se hablaba mal de nadie.

ASUNCIÓN. Y es el Casino; de allí sale todo; como se reúnen allí todos los desocupados...

HELIOD. Ahora pensamos fundar un orfeón.

ESPERANZA. Ya sé que la han tomado ustedes con el orfeón, que lo ridiculizan ustedes, y que la otra noche cuando cantó en la plaza, usted, desde un balcón del Casino, se pasó usted la noche haciendo el gato. ¡Qué gracioso!

HELIOD. ¡Calumnia, calumnia! El gato era auténtico. *Michito*, un magnífico gato del Casino que andaba aquella noche por la terraza, ferido de mal de amores; yo me limité a maullar dos o tres veces

por darle alguna esperanza; me sentí Zapaquilda... Zapaquilda la bella era gata doncella...

ASUNCIÓN. Y vamos a ver. ¿En qué les molesta a ustedes el orfeón?

ESPERANZA. Eso es. ¿En qué les molesta a ustedes?

HELIOD. En nada, en nada; cuando no canta, en nada.

ESPERANZA. ¿No vale más que el obrero se distraiga de ese modo en las horas de descanso, que, no en la taberna o en el *club* revolucionario oyendo y leyendo atrocidades?

ASUNCIÓN. Compare usted a unos con otros. ¡Qué diferencia! Los unos tan aseados, tan modosos, sin carecer de nada; los otros siempre gritando, siempre quejándose, siempre en huelga.

HELIOD. ¡Ya lo creo!; como que a unos no les escatiman ustedes nada y a los otros se lo niegan ustedes todo.

MARQUESA. Por algo será la diferencia.

HELIOD. Por algo, ciertamente; porque no hacen ustedes caridad ni limosna desinteresada, sino a cambio de una profesión de fe absoluta, no sólo religiosa, política, social..., hasta sentimental. Y aunque a ustedes les sorprenda, no todo el mundo..., y menos entre esa pobre gente que en esferas más elevadas, está dispuesto a vender su conciencia y sus sentimientos por una limosna que sólo a ese precio se les ofrece. Creen ustedes que fomentan la virtud, y lo que fomentan es la hipocresía; no educan ustedes; amaestran con el látigo en una mano y la golosina en la otra. Es odioso el Don Juan Tenorio que presenta Molière cuando por una limosna pretende hacer blasfemar a un pobre; pues no es menos odioso el que por una limosna pretende hacerle bendecir. Caridad de toma y daca no me convence; el bien no es semilla que debe sembrarse con esperanza de cosecha; se arroja al suelo; que alguna cae en tierra y fructifica, bien está; que el viento se la lleva, no se pierde...; la alegría de hacer bien está en sembrar, no está en recoger.

ESPERANZA. Será por egoísmo por lo que procuramos en todo mejorar la suerte de nuestros protegidos. No hay duda que es mucho más cómodo sembrar al viento sin preparar antes el terreno y sin cultivarle.

MARQUESA. Supongo que no harán ustedes caso de este hermano mío, que es como Dios lo ha hecho.

ESPERANZA. Ya conocemos su modo especial de practicar el bien.

ASUNCIÓN. Ese desgraciado Cabrera, ese borrachón, que es la vergüenza del pueblo, y esa infeliz que vive con él, *la Repelona*, son buena prueba de ello. Usted se divierte en convidarles, en oírlos disparatar...; beben hasta caerse...

ESPERANZA. Y como nosotros se lo afeamos y nos negamos a socorrerlos mientras no cambien de vida, nos insultan cuando nos encuentran. A eso da usted lugar con su modo de entender la caridad.

MARQUESA. Bueno andaría todo si él fuera el encargado de mejorar las costumbres del pueblo.

HELIOD. Sí; ya sé que soy para ustedes la bestia del Apocalipsis, corriente; nos dividiremos el imperio del mundo, es decir, de este pueblo: ustedes con los suyos; yo..., yo conmigo solo, porque yo no tengo míos, los míos son libres: piensan lo que quieren, hacen lo que quieren, viven como quieren.

ESPERANZA. Beben lo que quieren.

HELIOD. Sí, señora; eso sobre todo. No les impongo ni siquiera la obligación de creer que yo sea una persona decente. Libertad, libertad, ese es mi tema. *¡Liberté, liberté chérié!*

ESCENA XII

DICHOS y TERESA por la izquierda.

TERESA. ¡Doña Esperanza! ¡Asunción!

ESPERANZA. ¡Teresita! ¡Hija mía!

ASUNCIÓN. ¡Teresita de mi alma!

ESPERANZA. No sabes lo que nos alegramos de todo, cuando nos escribió tu tía que te casabas con Santo Toribio; nosotros que le conocemos de toda la vida... Serás la mujer más feliz de este mundo. A mi hermana se lo decía yo muchas veces: Si yo tuviera una hija, no le pediría a Dios otro marido para ella. Ahora habrás visto cómo las mayores adversidades, cuando se llevan con resignación, no son más que pruebas pasajeras, y algunas veces se nos anticipa aquí la recompensa.

TERESA. Gracias a la tía; gracias a ustedes.

ESPERANZA. ¡Y qué buena estás!...

ASUNCIÓN. ¡Y qué guapa! Pareces otra.

TERESA. Muchas gracias.

HELIOD. (*Bajo a Teresita.*) Sí, puedes dárlas; porque si le pareces guapa y le pareces otra, calcula lo que le parecerías antes.

ESPERANZA. ¿Y tu marido? No queremos dejar de saludarle.

TERESA. No tardará. Fué al telégrafo, y habrá ido a misa, de paso.

MARQUESA. Sí, salió con Enriquito.

ESPERANZA. ¿Pensáis vivir en Moraleda?

TERESA. Sí, en Moraleda.

ESPERANZA. Muy bien pensado. Allí tenéis toda clase de comodidades. La casa de tu marido es magnífica, y luego la finca de recreo, allí cerca, una finca regia. Todo muy descuidado, eso sí, porque el Marqués, desde que enviudó, no se cuidaba de nada; pero ahora contigo...

ESCENA XIII

DICHOS y DON FRANCISQUITO por la segunda derecha.

FRANCIS. Con permiso de las señoras.

MARQUESA. ¿Qué ocurre, don Francisquito?

FRANCIS. Natividad y Martín esperan abajo; dicen que la señora Marquesa les ha mandado venir a esta hora.

MARQUESA. Sí, sí; para entregarles todos sus papeles. Que suban, que suban en seguida. Dígales usted que están aquí también doña Esperanza y doña Asunción.

FRANCIS. Ya lo saben, señora Marquesa. (*Vase por la segunda derecha.*)

MARQUESA. ¿Con qué fin se casan estos chicos?

ESPERANZA. Una buena obra que será agradecida; los dos son muy buenos, muy trabajadores, y ahora, establecidos en excelentes condiciones, cada uno en su oficio estarán en la gloria.

TERESA. ¿Casán ustedes a alguien?

MARQUESA. Sí; a dos pobres muchachos del pueblo, dos huérfanos protegidos nuestros; digo, ella no es del pueblo; su historia es cosa de novela.

TERESA. ¿Sí? Cuenten ustedes.

MARQUESA. Después, que ya están ahí.

ESCENA XIV

DICHOS, NATIVIDAD y MARTÍN por la segunda derecha.

MARQUESA. Adelante, adelante. Todos son de casa: mi sobrina, la Marquesa de Santo Toribio.

NATIVIDAD. ¿La señorita Teresa? Estuvo aquí hace años; era una niña; vino un día a visitar el Asilo con la señora Marquesa y con otra señora.

TERESA. Mi madre.

MARQUESA. ¡Qué memoria! Porque entonces tú eras una chiquilla.

NATIVIDAD. Yo me acuerdo de todo.

TERESA. Yo también recuerdo ahora. Sí, entonces oí la historia; por cierto que me impresionó mucho; pero después había olvidado hasta ahora; sí, ya recuerdo. Es la niña que salvaron unos marinos del pueblo, de un barco naufragado.

NATIVIDAD. Sí, señora; yo soy.

ESPERANZA. No pudieron salvar más que a esta niña y a una pobre mujer abrazada a su hijo; la mujer murió en seguida, el chico se salvó también. Fué en la

tarde de un día de Nochebuena; por eso cuando confirmamos a los dos niños, en recuerdo les cambiamos el nombre, y los llamamos Natividad y Jesús.

TERESA. El niño es este joven...

NATIVIDAD. No, no, señora.

MARQUESA. No; el niño se salvó del naufragio, pero ha naufragado después en la vida. Todo lo que Natividad, no es porque esté ella delante, fué siempre de dócil, de aplicada, todo lo que supo agradecer siempre el bien que se le hizo, el muchacho tuvo de díscolo y de rebelde: a los ocho años se escapó del Asilo; después, qué sé yo las barrabasadas que hizo; tuvimos la desgracia de que se librara, por el número, de ir al servicio, y por ahí anda hecho un perdido; unás veces se escapa del pueblo, sin saber adónde; de pronto aparece.

ESPERANZA. Como comprenderás, hemos desistido ya de protegerle.

ASUNCIÓN. Sí, sí; bueno es el mozo.

TERESA. ¿Y usted perdió a alguno de su familia en el naufragio?

NATIVIDAD. No lo sé, señora; no recuerdo; tenía yo tres años.

MARQUESA. Venían de Orán en un mal barco de vela; era una compañía de titiriteros, diez o doce personas; por la madre del chico pudo saberse algo.

TERESA. ¿De modo que el muchacho que se salvó con usted no era su hermano?

NATIVIDAD. No, señora, no.

MARQUESA. No eran hermanos.

HELIOD. Como que fueron novios.

MARQUESA. No hay que hablar de eso; el chico es un loco romancero, que se le puso en la cabeza que Natividad había de casarse con él porque el Destino, así dice él, el Destino, para que nada le falte; es muy dado a leer novelones y crímenes en los periódicos; pues el Destino, según él, los había unido, y nada podía separarlos.

ESPERANZA. ¡Pobre Natividad! Para casarse con ese pillete más le valía no haberse salvado.

- TERESA. Entonces, ¿este joven es su prometido de usted?
- MARTÍN. Para servir a usted.
- ESPERANZA. Este es otra cosa: muy honrado, muy trabajador; los dos tienen su oficio; ella es planchadora, él carpintero; él trabaja en el mejor taller que hay aquí; a ella le hemos puesto ahora un obrador que es una monada, y como los dos son tan estimados de todo el mundo, vivirán tan ricamente.
- NATIVIDAD. Gracias a ustedes.
- MARTÍN. Sí, señoras, gracias a ustedes.
- MARQUESA. Para que digan que nuestras Juntas no sirven de nada.
- TERESA. ¿Y se casan ustedes pronto?
- NATIVIDAD. La semana que viene; este domingo es la última amonestación.
- TERESA. Cuento usted con mi regalo. Algo útil para la casa. Ustedes me dirán lo que necesitan.
- NATIVIDAD. Tantísimas gracias, señorita; en la casa tenemos de todo: estas señoras son tan buenas...; pero lo que usted quiera, señorita, demasiado hace usted.
- TERESA. Yo me enteraré.
- MARQUESA. Me alegro que hayáis venido cuando están aquí doña Esperanza y doña Asunción, porque aunque yo sea la presidenta, como ellas son las que han intervenido en todo...
- ESPERANZA. Por Dios, nosotras no hacemos más que interpretar los deseos de usted, Marquesa.
- MARQUESA. Pues pasemos al despacho, que don Francisco ya tendrá listos los documentos, y se os hará entrega de todo. Martín tendrá que echar algunas firmitas, y todo queda en regla; ya no os falta más que las bendiciones.
- ESPERANZA. Hacen linda parejita, ¿verdad?
- TERESA. Es interesante. Pero yo no sé por qué pienso en el otro.
- HELIOD. Y ella también, créelo.
- TERESA. ¿Tú crees...?
- HELIOD. Estoy seguro.
- TERESA. Ya es más interesante.

MARQUESA. Vamos, pasen ustedes.

ESPERANZA. Pase usted, Marquesa.

MARQUESA. Venid vosotros.

NATIVIDAD. Con permiso de ustedes.

MARTÍN. Con su permiso. (*Se van todos, menos Teresa y don Heliodoro, por la izquierda.*)

ESCENA XV

TERESA y DON HELIODORO

HELIOD. ¿Has oído todo eso que dicen del pobre Jesús? Pues no tienen razón, es lo de siempre; a cambio del bien que hacen exigen una abdicación completa de la voluntad, una especie de esclavitud; las personas no son personas para ellas, son abstracciones, almas que salvar, y las personas, ¡qué demonio!, tenemos un alma; pero envuelta en muchas fibras de carne y hueso, sangre que hierve, nervios que saltan, vida, en fin, vida que es fuerza y rebeldía. A la primera travesura del muchacho ya le notaron de sospechoso; la desconfianza y la represión continua fueron el sistema empleado, y es natural, la rebeldía fué en aumento, hasta que terminó en guerra declarada; y el chico no es malo, pero conseguirán que lo sea si como a tal le tratan. Quiere a esa muchacha; en su cariño, es verdad, hay mucho de romántico, frases de folletín, ridículas muchas veces; yo he sido el primero en reirme de él; pero en el fondo su cariño es sincero, apasionado; y la muchacha también le quiere, pero está acobardada; acepta el marido que le ofrecen como una limosna que no puede rechazar; porque un pobre no puede rechazar una limosna sin parecer ingrato; pero un marido es lo que no debe darse nunca de limosna... Luego dicen que hablo... ¡No he de hablar, si hay cosas que encienden la sangre! Lo mismo han hecho contigo...

TERESA. ¿Conmigo?

HELIOD. Sí; tú lo sabes. No les bastaba con asegurarte el pan; había que asegurarte la virtud, había que salvarte; y como no confiaban en ti, por lo visto, ni confiaban en que ningún hombre joven te ofreciera su amor, pobre como eras..., y en eso quizá tenían razón; los jóvenes de ahora son cobardes para el amor, y al luchar por la vida lo juzgan como estorbo, y quién sabe si ellos también tienen razón; porque la vida de ahora es dura y difícil, y castiga muy cruelmente al que no acepta la realidad y se distrae en el camino mirando a las estrellas o escuchando a los ruidos.

TERESA. Entonces, si tú mismo dices que todos tienen razón, ¿de qué puedo quejarme?

HELIOD. Sí, sí; todos tienen razón; pero es que yo no me resigno a la razón, no acepto así la vida; mi lucha fué siempre no luchar por ella, sino contra ella, cuando me pareció inaceptable en sus condiciones. Por eso vivo aquí de limosna, pero sin abdicar, como un rey vencido, pero no humillado, que por nada del mundo firmaría su abdicación; solo, como el ángel rebelde, que prefirió ser demonio a ser ángel arrepentido y perdonado; solo y grande en mi infierno, y por eso digo que hicieron mal en casarte con ese viejo egoísta que sólo buscó en ti un aya de confianza para sus hijos y un ama de gobierno para su casa; por eso digo que hacen muy mal en unir a esos dos muchachos que, obligados por la gratitud, no se atreven ellos mismos a creer que no se quieren.

TERESA. ¿Por qué no han de quererse? Tú sí que fuiste siempre un romántico, querido tío. Confiesa que tú, con toda esa historia de naufragio en día de Nochebuena, de titiriteros, de huérfanos recogidos en la tempestad, compusiste un novelón o melodrama en tu cabeza, y este final de boda prosaica te desilusiona por completo. Pues la muchacha parece muy contenta con su suerte.

- HELIOD. Como tú con la tuya.
TERESA. ¡Qué empeño en mezclar historias distintas!
HELIOD. ¿Pretendes hacerme creer que estás enamorada de tu marido?
TERESA. Sé decirte que no me ha costado ningún sacrificio mi casamiento.
HELIOD. Porque no quisiste antes a ningún hombre, y no sabes aún lo que es cariño..., amor..., verdadero amor; pero ¿quién dice que no llegará ese día?
TERESA. ¿Qué dices?
HELIOD. Que si la vida, con sus prosaicas realidades, parece vencer al ideal, el ideal es lo único eterno, y; por fin, se desquita victorioso, y en un día, en un momento, desbarata, destruye la vida mejor ordenada, la más tranquila, la que parecía más segura de pasiones o de locuras que trastornaran su equilibrio perfecto.
TERESA. No temo pasión ni locuras que trastornen mi vida.
HELIOD. Pues algo llegará...; por lo menos una gran tristeza que llenará tu alma y acaso no sepas de qué proviene, y será el ideal, el ideal que, tarde o temprano, exige su parte en nuestra vida.

ESCENA XVI

DICHOS y NATIVIDAD por la segunda derecha.

- NATIVIDAD. Ustedes perdonen; quiero hablar con la señora Marquesa.
HELIOD. ¿Qué te ocurre? Vienes asustada.
TERESA. ¿Qué sucedió?
NATIVIDAD. Sí, señora, sí, muy asustada; las señoras nos dieron nuestros documentos, estuvieron tan cariñosas como siempre, Dios se lo page; salimos juntos Martín y yo, los dos tan alegres; en la esquina nos separamos, él hacia su taller, yo a mi obrador; apenas me quedé sola, aparece Jesús y me cierra el paso y empieza a decir unas co-

sas, como loco, nunca le he visto así; ya parecía conforme, yo creí que no se acordaba de mí, y ahora... No sé qué dice, que nos mata, que se mata él; seguro que está loco... Quería venir a insultar a las señoras; yo eché a correr asustada, volví aquí, creo que me siguió, no quise mirar atrás; pero yo le oía, le oía decir cosas..., siempre lo mismo: Os mato, me mato, y a esas brujas también. Dios le perdone; las brujas eran las señoras... Está loco, pueden creerlo; seguro que está loco.

HELIOD. El melodrama, la novela... ¿Qué te decía yo?

TERESA. Perdone usted, Natividad. ¿Usted no quiso nunca a Jesús?

NATIVIDAD. Sí, le quise; ya ve usted, en todo iguales: juntos nos salvaron de milagro, juntos nos nombraba siempre todo el mundo, siempre juntos nuestros nombres y los dos solos en el mundo, recogidos por caridad, toda nuestra vida de caridad; pero él se ha portado muy mal, muy ingrato...

TERESA. Pero ¿es tan malo como dicen?

NATIVIDAD. Sí, señora, sí; no se sujeta a nada; muy rebelde y muy mal cristiano, dice atrocidades. Y se ha escapado del Asilo muchas veces; hasta toreado anduvo por los pueblos, y otra vez con unos titiriteros.

HELIOD. Es natural; entre ellos nacísteis. ¿Tú no has sentido nunca el deseo de dar unas volteretas?

NATIVIDAD. ¿Yo? No, señor; y eso que de pequeña, según dicen, tenía todo el cuerpo dislocado.

TERESA. ¡Qué horror! Eso debía estar castigado.

HELIOD. Sí; debía estarlo, y mucho más dislocar corazones y cerebros.

TERESA. Y dime, ¿qué otras maldades hizo el pobre Jesús?

NATIVIDAD. Muchas, señorita. Un día alborotó todo el pueblo; anduvo con el Cabrera y *la Repelona*, borrachos los tres, por esas calles, echando herejías por aquellas bocas, y desde aquel día fué cuando las señoras dejaron de protegerle; hasta entonces siempre le habían perdonado.

HELIOD. Pero aquel día, con el calor de la improvisación, salieron a relucir historias de señoras muy principales; como *la Repelona* está enterada de todo lo que pasa en el pueblo, hubo conciliábulo y se decretó la excomunión.

TERESA. ¿Y ya no quieres a Jesús?

NATIVIDAD. ¿Quererle? Sí, siempre le quiero, y me da mucha lástima de que sea así; pero ya es otra cosa; ya sabe que me caso y no debe pensar en mí. Si Martín lo ve hoy hablar conmigo de esa manera..., ya ven ustedes lo que hubiera podido suceder, una desgracia; porque los hombres pronto se acaloran, y aunque Martín es muy prudente, tanto le hubiera pinchado el otro... Yo, la verdad, estoy muy asustada, señorita, y quiero decírselo todo a la señora Marquesa para que metan miedo a Jesús y no vuelva a suceder lo que ha sucedido.

TERESA. Sí, hay que procurarlo. (*Se oyen voces dentro, del Criado, Jesús, Cabrera y la Repelona.*)

NATIVIDAD. ¡Dios mío!

TERESA. ¿Qué? ¡Ah! ¡Qué gente!

HELIOD. Nada, nada; no te asustes. Son amigos míos. Ahí le tienes; ése es Jesús, y Cabrera y *la Repelona*, su morganática... Adelante, adelante. Conmigo no se desmandan, no tengas miedo.

ESCENA XVII

DICHOS, la REPELONA, JESÚS y CABRERA

REPELONA. Muy buenos días, para servir a ustedes.

CABRERA. Muy buenos días, don Heliodoro y la compañía.

JESÚS. Buenos.

HELIOD. ¡Hola, hola! ¿A qué debemos el honor de recibir a estas horas tan lucida representación de la golfería de este pueblo?

JESÚS. Hemos preguntado por usted, don Heliodoro,

para que nos dejaran subir; pero queremos hablar a la señora Marquesa y demás señoras de la Junta... Yo, de lo que me importa...; éstos..., no sé.

REPELONA. Yo, de pedir justicia y de que se sepa quién es cada uno y de que esas señoras no vivan en un puro engaño y sepan a quién socorren, que están entregadas a cuatro lagartas que les hacen ver lo blanco negro; cuatro beatonas que son las peores del pueblo y son las que nos sacan las faltas a las demás para ser ellas solas y que las señoras no atiendan a nadie más que a ellas... Hipócritas, embusteras, que andan averiguando a qué hora van las señoras a la iglesia para irse allí a darse golpes de pecho, a besar el suelo, y después... ¡Ay!, después... Como si una no supiera quién es cada una... Y por mi salud que una a una he de ir las cogiendo en lo suyo y he de correrlas por esas calles cada vez que las coja. Ahí está la del tío Cacharrero, que es la que más habla, la que salió de Nazareno este Viernes Santo... En el paso de los azotes debió ir la condenada, que no la hay más perra ni más remala en el pueblo, ni creo que en el infierno. ¡Qué mujer esta! Debe ser temible.

TERESA.

HELIOD. Bueno, bueno; reprime tu justa cólera y deja hablar a los hombres. Tú, Cabrera, cuyo nombre ha traspuesto los límites de este pueblo, el tercero de tu dinastía... ¿No es eso?

CABRERA. Sí, señor, excelentísimo señor don Heliodoro; Cabrera tercero, para servirle y a la compañía, la excelentísima señorita, tan reguapísima como es; de su excelentísima familia de usted. ¿No es verdad, don Heliodoro?

HELIOD. Sobrina mía.

CABRERA. Por muchos años y muy largos.

HELIOD. Pero no te interrumpas; quedamos en que eres el tercero de tu gloriosa casta.

CABRERA. Sí, señor, excelentísimo don Heliodoro. Usted nos ha conocido a todos. Mi padre gran borracho, mi abuelo gran borracho también. Mi abue-

lo sirvió en el ejército a las órdenes del excelentísimo general don Ramón Cabrera. Esta boina blanca fué del excelentísimo señor general, que se la regaló a mi abuelo.

HELIOD. Ya lo sabes; esa boina fué del general y fué blanca.

CABRERA. Yo también hubiera sido militar, nací para la guerra. Porque ¿qué hace un hombre en la paz? Podrirse. No queda otro recurso que beber; por eso bebo yo, por no podrirme. Pero no se hacen cargo y me llaman borracho. No es verdad; borracho es el que bebe por beber, y eso es repugnante. Borracha es ésta, *la Repelona*, aquí presente, que es la que nos ha traído el descrédito con las excelentísimas señoras de la excelentísima Junta. Yo no faltó a nadie, sufro el vituperio con modestia... Soy mártir de mis ideas, como mi abuelo.

TERESA. ¡Ay, tío! ¡Me da mucho miedo esta gente!

NATIVIDAD. Señorita, haga usted porque se vayan pronto.

HELIOD. A mí me divierten. Y tú, Jesús, ¿qué dices?

JESÚS. Yo no digo nada. ¿Qué quiere usted que diga? Quiero decir a la señora Marquesa y a las demás señoras y señores de la Junta, que haré todo lo que ellos quieran, que me pondré al oficio que quieran; yo no tengo la culpa de ser torpe para los oficios; me gusta más salir a la mar o me gustaría correr tierras; pero, en fin, haré lo que quieran, ya digo. Yo no hice otra cosa mala que escaparme dos veces, y las dos veces fué porque me dijeron que no valía para nada y quise ver si por el mundo adelante valía para algo. Y un día que bebí sin tenerlo por costumbre y me junté con éstos, y dijimos no sé qué cosas y las señoras se enteraron... Eso es todo lo malo que yo hice, y por eso me tratan peor que a un ladrón y no me quieren en ninguna parte, ni los patronos de barco me quieren por no ponerse a mal con los señores, y tengo que andar al contrabando con los Pimentones, que son los únicos que me han querido con ellos. Y luego di-

rán todos que entre qué gente ando y en malos asuntos. Ya lo sé que está mal y que un día nos cogerán los carabineros y nos darán un tiro, ¡ojalá y fuera eso!, o nos meterán en la cárcel. Pero, ¿qué hace un hombre cuando se ve como yo? Que me perdonen las señoras y aquí me tienen, haré lo que quieran, lo que manden, ya digo...

HELIOD. (A Teresa.) ¿Tengo yo razón?

TERESA. Si es verdad lo que dice... ¿Oyes, Natividad?

NATIVIDAD. (Rompiendo a llorar.) Me da mucha pena.

JESÚS. Tú sabes que es verdad lo que digo, por eso lloras, pero eres muy cobárde; porque me has dicho siempre que me querías y ahora no te atreves a decirlo; pero tendrás que decirlo, lo dirás...

NATIVIDAD. ¡Señorita! Me da mucho miedo... ¡La señora Marquesa!

ESCENA XVIII

DICHOS, la MARQUESA, DOÑA ESPERANZA y DOÑA ASUNCIÓN
por la segunda izquierda.

MARQUESA. ¿Qué es esto? ¿Qué significa esto? (A Natividad.) ¡Tú aquí otra vez! Y vosotros, ¿qué hacéis aquí? ¿Han visto ustedes?

ESPERANZA. ¡Qué atrevimiento!

ASUNCIÓN. ¡Qué desvergüenza!

MARQUESA. (A Heliodoro.) Has sido tú, de fijo, quien los ha recibido.

HELIOD. Yo, sí; lo menos que se puede hacer es oírlos. Jesús viene a pedirnos perdón.

MARQUESA. ¡A buena hora! ¡Ya se le ha perdonado bastante!

HELIOD. ¡Nunca se perdona bastante!

MARQUESA. Ya sabemos a qué atenernos con su arrepentimiento. (A la Repelona y al Cabrera.) ¿Y vosotros? Tú, lo de siempre; cuando necesitas algo, muy compungida, muy humilde; viene a contarnos que no quiere vivir con ese hombre, que

la libremos de él, que la amparemos, y apenas consigue lo que quiere, vuelve a las andadas, a vivir en pecado, a ser el escándalo del pueblo.

CABRERA. Excelentísima señora Marquesa: con todos los respetos a la excelentísima señora Marquesa y a estas excelentísimas señoras, eso de separar a dos personas que viven propiamente como matrimonio...

MARQUESA. ¡Calla, calla! No puedo oirlo.

REPELONA. Pero, señora Marquesa, yo bien estaría tan casada como la primera; pero si no puede ser, si nadie sabe de mi marido, que va para diez años que me dejó sin decir palabra, y esta es la hora que no sé si está vivo o muerto. ¿Qué hace una mujer en mi caso?

MARQUESA. ¿Oyen ustedes?

ESPERANZA. Vivir con decencia y como Dios manda.

REPELONA. Yo con decencia vivo, y nadie dirá que ando con unos y con otros, como muchas...

ESPERANZA. Lo de siempre: calumniar, sacar a relucir historias...

REPELONA. Historias, sí, señora, historias... de esas que las emboban a ustedes con manto de santas... Y de muchas señoras que andan en la Junta, también sé yo algo, que todas no son como ustedes... Pregunten ustedes a la de don Gumersindo a qué va una tarde sí y otra no a casa de la Cacharrera, que la casa tiene dos puertas a dos calles, y yo sé quién entra por la otra.

MARQUESA. ¡Calla, calla, que no queremos oirte!

REPELONA. ¿Y de la Jueza, quieren ustedes saber algo?

ESPERANZA. ¡Jesús! Una señora tan respetable...

REPELONA. Y tan santa. De eso se fían ustedes, de la santidad. Así hacen ustedes las caridades, a quien mejor engaña, y los que decimos nuestro sentir somos los malos. Pero yo les digo a ustedes que quien les ha quitado a ustedes la voluntad de socorrernos tienen que oirme, y se oirán cosas... Que a la hija de mi madre el que se la hace se la paga.

MARQUESA. (Llamando.) Don Francisco, Pedro, vengan us-

tedes, pongan a esta gente en la calle. (*A don Heliodoro.*) Y tú, ¿qué haces?

ESPERANZA. Esto no puede oírse.

ASUNCIÓN. ¡Qué gente, qué gente!

JESÚS. Tiene razón, tiene razón. Con ustedes no vale la verdad; pero esto que hacen ustedes ahora no está bien..., no está bien. Esa no se casa con Martín, yo lo digo. Esa no puede ser más que mi mujer.

NATIVIDAD. ¡Señora Marquesa!

MARQUESA. (*A Jesús.*) A ti ya te arreglaremos, ya te lo dirán el jefe de la Guardia civil y el señor Juez.

JESÚS. ¿Qué van a decirme? ¿Que me vaya del pueblo? Mejor; me iré, me iré..., pero puede que deje recuerdo.

MARQUESA. ¡Qué insolencia!

ESPERANZA. ¡Amenazas!

MARQUESA. Esos criados... ¡Don Francisquito!

ESCENA XIX

DICHOS: DON FRANCISQUITO y UN CRIADO por la segunda derecha. EL MARQUÉS y ENRIQUE por la izquierda.

FRANCIS. Señora Marquesa...

MARQUÉS. ¡Tía!...

ENRIQUE. ¡Mamá!...

MARQUESA. ¡Pronto! Echad a esa gente a la calle...

ESPERANZA. ¿Cuándo se ha visto cosa igual? ¡En qué momento le saludo a usted, Marqués!

MARQUÉS. Doña Esperanza... Asunción...

FRANCIS. Vamos, que no tengamos que echaros a empujones. Fuera de aquí...

REPELONA. Sí; ya nós vamos. Pero oírnos, han de oírnos adondequiera...

CABRERA. Siempre mártir, sufro el vituperio con modestia...

JESÚS. Tú, ya lo sabes, con Martín no te casas.

FRANCIS. ¡Silencio todos!... ¡A la calle, a emborracharse,

a gritar allí, a la calle! (*Se van disputando, por la segunda derecha, Jesús, la Repelona, Cabrera, don Francisquito y el Criado.*)

ESCENA ÚLTIMA

La MARQUESA, DOÑA ESPERANZA, ASUNCIÓN, TERESA NATIVIDAD, el MARQUÉS, DON HELIODORO y ENRIQUE.

MARQUESA. ¿Han visto ustedes?

NATIVIDAD. ¡Ay, señorita!

ESPERANZA. No te asustes; ya le ajustarán las cuentas.

MARQUÉS. Gente desagradecida, ¿no es eso?

ASUNCIÓN. Ya lo ve usted.

MARQUESA. (*A don Heliodoro.*) Por supuesto, de todo esto tú tienes la culpa ..

ESPERANZA. Eso, eso; usted, usted.

ASUNCIÓN. Usted les da alas...

MARQUESA. Celebras sus desvergüenzas; les permites entrar aquí; los desmoralizas, como si ya no lo estuvieran bastante.

HELIOD. ¿Conque yo, eh?... Vaya, no quiero hablar yo también; jaqueca por jaqueca, prefiero la que yo tome a la que me den ustedes. Señores... (*Vase por la izquierda.*)

ESPERANZA. Natividad se ha puesto mala.

MARQUESA. Claro, se ha asustado...; las amenazas de ese pillo...

ASUNCIÓN. No hagas caso, hija... Ya le dirán lo que hace al caso...

MARQUÉS. ¡Cuántos disgustos cuesta el hacer bien!

ESPERANZA. No lo sabe usted bien, querido Marqués... En cuanto salgamos a la calle, esa tarasca nos apedrea.

MARQUÉS. Yo saldré con ustedes.

ASUNCIÓN. Pero, Natividad, vamos... A esta chica le va a dar algo...

ESPERANZA. Una taza de tila.

MARQUESA. Traedla aquí dentro. Yo tengo antiespasmódico.

MARQUÉS. ¡Qué disgusto! *(Se van todos por la izquierda, menos Teresa y Enrique, que quedan en escena.)*

ENRIQUE. ¿Has presenciado toda la escena?

TERESA. Sí, y estoy muy conmovida. Ese pobre muchacho.. Podrá ser malo, pero oyéndolo no lo parece.

ENRIQUE. ¿Verdad que no? Yo creo lo mismo; y creo que Jesús era el que debía casarse con Natividad... Sería más bonito.

TERESA. Sí., pero la vida no es tan bonita...

ENRIQUE. Aunque hay en ella muchas cosas bonitas.

TERESA. ¿Eh?

ENRIQUE. Como tú.

TERESA. ¡Primo! ¡Ja, ja, ja!...

ENRIQUE. Calla, calla. No vayas a decir a nadie que yo te he dicho...

TERESA. A nadie, descuida... Quedará entre los dos... Guardar un secreto es también muy bonito, ¿verdad?

ENRIQUE. ¡Muy bonito!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

*Jardín con verja al foro y puerta en el centro, en la casa de la Marquesa viuda de Casa-Molina. Dos butacas y seis sillas de mimbre.
Es de día.*

ESCENA I

DON FRANCISQUITO, sentado a la izquierda en una butaca, dormido y con un libro sobre las rodillas. Después DON HELIODORO, que sale por el segundo término derecha.

HELIOD. *(Llamándole.)* Don Francisco, don Francisquito, don Francisquito..., quito..., quito...

FRANCIS. *(Despertando.)* ¿Eh?... ¡Ah! Don Heliodoro.

HELIOD. ¿Se dormía la siesta?

FRANCIS. No, ya lo ve usted; leía muy entretenido... ¡En mi cuarto hace un calor!...

HELIOD. Y en el mío. En esta casa las únicas habitaciones cómodas son las de respeto. Nosotros, cuerpos pecadores, bueno es que nos mortifiquemos; este achicharrarnos de ahora y estos picotazos de mosquito nos serán descontados en el infierno.

FRANCIS. Don Heliodoro, ¿por qué es usted tan volteriano? Antes no era usted así, tan descreidote...

HELIOD. Cuando tenía dinero, es verdad. ¿Qué quiere usted? Cuando se tiene dinero se cree en todo. A propósito...

FRANCIS. A propósito de dinero, ¿verdad? Ya sé lo que va usted a decirme.

HELIOD. Como que he dejado de dormir mi siesta sólo por cogerle a usted aquí a solas; porque cuan-

do presume usted que necesito hablarle se me escurre usted como una anguila.

FRANCIS. Por evitar discusiones.

HELIOD. Discusiones, discusiones. Usted es el que puede evitarlas. Vamos a ver, don Francisquito; hoy no vamos a discutir, me da el corazón que hoy no discutimos.

FRANCIS. No, señor; no discutimos, porque de una vez, y en redondo, se lo digo a usted. No puede ser, no puede ser, no puede ser.

HELIOD. ¿Lo ve usted cómo es usted el que empieza la discusión? No puede ser, no puede ser; siempre me dice usted lo mismo.

FRANCIS. Porque usted me pide siempre lo mismo, dinero.

HELIOD. ¡Dinero! ¡Cualquiera que le oiga a usted!... ¡Dinero! Un anticipo de quince duros, un anticipo miserable

FRANCIS. Pero, don Heliodoro, si aún no estamos a quince. ¿Es posible que haya usted gastado toda su asignación?

HELIOD. Mire usted, don Francisquito, todo se lo consiento a usted menos que llame usted asignación a esa porquería. ¡Cuarenta duros una asignación!

FRANCIS. ¡Pero cuarenta duros en quince días! ¿En qué pueden gastarse en este pueblo?

HELIOD. Es que yo no me gasto el dinero en este pueblo; me lo gasto en mí, en mí propio, que me considero capital de primer orden. Lúculo como en casa de Lúculo. Heliodoro vive en sí mismo, no en este pueblo, ni en el otro... Yo soy yo...

FRANCIS. No lo eche usted a broma. Ya sabe usted que la señora Marquesa me tiene prohibido que le preste o anticipe cantidad alguna.

HELIOD. Pero ¿qué necesidad hay de que lo sepa mi hermana?

FRANCIS. Esa es buena, y es usted el primero en decírselo.

HELIOD. ¿Yo, yo? ¿Que yo digo que usted me anticipa dinero?

FRANCIS. No, decirlo no. Pero ¿usted cree que necesita

usted decirlo para que le conozcan a usted cuando tiene dinero? Todos los meses ya se sabe: de uno al diez, tiempo revuelto; del diez al quince, bonanza.

HELIOD. Calma chicha, querrá usted decir.

FRANCIS. Y si yo me ablando, del quince al veinte, tempestad deshecha, ciclones y mareas vivas; de modo que, al depender de mí, he decidido que este mes se asegure el tiempo.

HELIOD. Es usted un Gracián hablando por alegorías. Pero considere usted...

FRANCIS. ¡Nada, nada! Si insiste usted, se lo diré a la señora Marquesa. Este mes no hay anticipo.

HELIOD. Pero don Francisquito, que ahora no es para lo que usted se figura. La partida de tresillo del Casino me ha pintado muy mal... Tengo deudas, deudas de juego; usted sabe que las deudas de juego son sagradas.

FRANCIS. ¿Sí? Pues a mí no me paga usted nunca que jugamos y usted pierde. Recuerde usted los cuatro duros de la otra noche.

HELIOD. ¿Lo ve usted, lo ve usted cómo las deudas del juego son sagradas? No quiero que me avergüence usted por cuatro duros; le pago a usted en el acto si me anticipa usted veinte duros en lugar de quince.

FRANCIS. Vaya, don Heliodoro, no tengamos un disgusto, como siempre, por estas tonterías. Si quiere usted diez pesetas, es lo que puedo darle; y no como anticipo: diez pesetas de mi bolsillo, que puede usted sumar a esa deuda sagrada.

HELIOD. ¡Diez pesetas! Aún no pido limosna... Guárdese, guárdese esas diez pesetas. ¡Ah, Heliodoro, Heliodoro; era cuanto te quedaba que ver en este mundo!... Déme usted veinticinco siquiera; son quince más y no es tan vergonzoso aceptarlas.

FRANCIS. No tengo más, don Heliodoro; si las tuviera...

HELIOD. Bien está; no discutamos... Vengan esa diez pesetas. ¡Apuremos el cáliz! Me debe usted quince; siempre hemos de acabar porque sea usted el que me deba dinero.

- FRANCIS. Y procure usted que la señora Marquesa no se entere.
- HELIOD. ¿De qué se ha de enterar con diez pesetas? ¿Qué idea tiene usted de mí? Esto es encerrar a un águila en un cuarto bajo.

ESCENA II

DICHOS y TERESA por la segunda izquierda.

- TERESA. ¡Hola, tío!
- HELIOD. ¿Tampoco tú duermes hoy siesta?
- TERESA. No; yo no acostumbro.
- HELIOD. Ni tu marido te dejaría; ronca de un modo...; ya le oigo, ya. Ahora que estamos solos, ¡qué odioso me es tu señor marido!
- TERESA. Tío, por Dios; no tienes razón, y además no estamos solos.
- HELIOD. Don Francisquito está en el secreto, en todos los secretos; es uno de nuestros más eminentes cucos.
- FRANCIS. ¡Este don Heliodoro!... La Marquesa ya le conoce y no le hará caso.
- HELIOD. Sí, sí; todos nos conocemos, don Suave, como yo le llamo. Es lástima que sus aptitudes diplomáticas se pierdan en tan reducida esfera.
- FRANCIS. Vaya, don Heliodoro...
- HELIOD. Dime tú si sostener el equilibrio entre las diez o doce señoras que aquí mangonean no es más difícil que sostener el equilibrio europeo.
- FRANCIS. Con su permiso, señora Marquesa, me retiro. Este don Heliodoro... (*Vase por la segunda derecha.*)

ESCENA III

TERESA y DON HELIODORO

HELIOD. El que no le entienda que le compre. Volviendo a tu marido...

TERESA. Tío, por Dios...

HELIOD. Escúchame: si estamos de acuerdo, de otro modo no te lo diría. No puedo con esos hombres de una idea, que trazan la línea recta de su vida conforme a esa idea, muy orgullosos de ajustar a ella toda su conducta. Como si las ideas se tuvieran más que por una de estas dos cosas: por temperamento o por conveniencia. En tu marido todo se une; porque, eso sí, es muy equilibrado. Es de esos hombres que gradúan con escala hasta las sonrisas: tanto para los iguales, tanto para los inferiores; para los superiores tanto. ¡Y con qué aire compasivo nos considera a los que no pensamos como él! Parece que quiere decirnos: «En este mundo tengo que soportaros por desgracia; pero después..., vosotros al infierno, yo a la gloria, vestido y calzado...» División de castas. Te digo que es insoportable. A mí que me den santos de veras: San Franciscos, Santas Teresas, San Pablos, o que me den fanáticos, todo pasión y fuego: Savonarolas, Calvinos, Torquemadas; pero estos tartufos dulzones de ahora, que ni se abrasan ellos espiritualmente, ni nos abrasan materialmente, sin más armas que femeniles alfileres, me sublevan, me indignan... Uno de ellos basta para infernar una familia; lo sé por experiencia; figúrate multitud de ellos lo que harán en el mundo. Y son de manera que, si por tolerancia mal entendida se les consiente, se envalentonan, y toman la tolerancia por miedo o por acatamiento que se les debe; si por natu-

ral defensa se les combate..., ¡ah!, entonces son los primeros en invocar la libertad que ellos odian y la tolerancia que ellos no practican... ¡Mala ralea!

TERESA.

¡Qué exaltación, tío!

HELIOD.

Hablo así porque he padecido mucho con nuestra familia. Cierto es que cometí ligerezas y errores cuando, al morir mi padre, me hallé dueño de una fortuna; me habían educado tan estrechamente, con tanta severidad, que, por natural reacción, rompí todo freno al verme libre. Y sucedió lo que había de suceder. No habían fortalecido mi voluntad; la habían destruído: el sistema de educar y gobernar en España. Comprometí locamente mis intereses. La lección fué dura, pero pudo ser provechosa si entonces me hubieran salvado generosamente. Pero no; me consideraron incapaz de todo, volvieron a tratarme como de niño, cuando entonces empezaba en realidad a ser hombre. Mi cuñado, el Marqués de Casa-Molina, un hombre así como tu marido, hombre de ideas, de principios, se comprometió a salvarnos a mi hermano Ramón, tu padre, que era como yo, ya lo sabes, y a mí; pero de qué modo: humillándonos para siempre, incapacitándonos para intentar siquiera rehacer nuestro crédito y nuestra fortuna. Tu padre murió desesperado; yo..., yo tuve que separarme de la mujer que era todo mi cariño, debí abandonarla con un hijo que era mi única ilusión, debí casarme con quien ellos exigieron; ya tú sabes si fuí feliz en mi matrimonio... Por todo entraron como invasores en nombre de su idea...: por nuestra hacienda, por nuestra casa, por nuestro corazón. Y yo, sin voluntad entonces, consentí en todo, porque, como ellos aseguraban, creía yo que el nombre y el honor de nuestra familia era antes que todo y había que salvarlo a cualquier precio. Y todo se salvó, todo, menos la mujer que yo quería, mi hijo adorado... y yo; yo, que no soy yo, porque nada

hay en la vida que sea mío, y sólo me conozco, así, al protestar de tarde en tarde, unas veces con burlas, que parecen bufonadas de loco; otras con rebeldías, que les parecen ingratitud...; pocas, muy pocas, con lágrimas de muy hondo, para mí solo o, como ahora, con alguien como tú..., que lloras también... por mí y por ti al mismo tiempo... Porque algo padeciste de lo que yo he padecido... ¿No es verdad, hija mía?

TERESA. Sí, tío, sí; sólo a tí me atrevería a decírtelo... ¡Soy muy desgraciada!

HELIOD. ¿Lo ves? ¡Pobre hija mía!

ESCENA IV

DICHOS y ENRIQUE por el tercer término derecha.

ENRIQUE. ¿Estábais aquí? Ya decía yo: en el jardín debe haber alguien.

TERESA. ¿Nos oíste hablar desde tu cuarto?

ENRIQUE. No; es que yo bajé por curiosidad; estaba escondido, en acecho.

TERESA. ¿En acecho?

HELIOD. ¿Hay algo que acechar?

ENRIQUE. ¡Ya lo creo! Muy interesante.

TERESA. ¿Sí? Habla, habla.

ENRIQUE. Ya sabéis que desde que mamá se trajo aquí a Natividad para que estuviera en casa hasta el día de su boda con Martín, la pobre muchacha no ha salido una sola vez, para evitar escenas como la pasada.

HELIOD. Sí; es lo más parecido a un secuestro.

ENRIQUE. Ya sabéis que de Jesús no había vuelto a saberse nada.

TERESA. No. Hubo quien dijo que se había embarcado para el Brasil, o qué sé yo dónde.

HELIOD. Por cierto que, cuando dieron la noticia, todas esas señoras clavaron los ojos en la muchacha para observar si le impresionaba mucho.

- TERESA. Pero ella estuvo muy serena.
- ENRIQUE. ¡Ya lo creo, como que sabía que estaba aquí!
- TERESA. ¿Cómo?
- ENRIQUE. Veréis. En estas horas de la siesta, ya sabéis que todos estamos recogidos en casa.
- HELIOD. Las personas serias sí... Tu madre lo tiene preceptuado con frase inapelable como todas las suyas: «A estas horas no se puede estar en el jardín.» Pero nosotros nos hemos propuesto demostrar que se puede; con la mayor parte de las cosas de que le dicen a uno que no puede ser sucede lo mismo: todo es atreverse.
- TERESA. Deja contar a Enrique.
- ENRIQUE. Ayer bajé yo como hoy; no tenía sueño, cogí un libro.
- HELIOD. Sí, de mi biblioteca particular, ya lo noté; ten cuidado que no lo vea tu madre.
- ENRIQUE. ¡Tío! No es tuyo el libro, te aseguro...
- HELIOD. Bueno, bueno; si yo no me asusto; ya he visto que le faltaban cuatro láminas.
- ENRIQUE. ¡Tío!
- TERESA. ¿Y qué libro es ése?
- HELIOD. ¡Una friolera! *El desnudo en el Arte*. Tú verás dónde guardas las estampitas, porque como tu madre las coja...
- ENRIQUE. ¡Bromas del tío!
- HELIOD. Bueno, sigue. Teresita no se asusta tampoco.
- ENRIQUE. ¿Me dejas contar...?
- HELIOD. Sí, hombre, sí; estamos muy interesados.
- ENRIQUE. Pues estaba yo en el cenador leyendo y de pronto oigo pasos muy callandito y veo a Natividad que, mirando a un lado y a otro, se dirige a la puertecilla del huerto, la abre y entra Jesús, y los dos se ponen a hablar y estuvieron hablando una media hora, y al despedirse...
- HELIOD. Se dieron un beso.
- ENRIQUE. ¿Lo vió usted también?
- HELIOD. Como si lo hubiera visto.
- TERESA. ¿Y no pudiste oír nada?
- HELIOD. Sí, el beso. ¿Te parece poco? Por ahí comprendería que no regañaban.

- ENRIQUE. Sí, oí algo; él quedó en volver hoy.
TERESA. ¿Hoy?
ENRIQUE. Y es la hora; por eso bajé; pero, sin duda, como estabais aquí...
TERESA. ¿Habremos desbaratado la combinación? ¡Qué lástima!
HELIOD. Aún puede ser tiempo. Esto me interesa... Vámonos cada uno por nuestra parte... Yo haré como que salgo a la calle y volveré a entrar por el cochérón; vosotros hacéis como que entráis en la casa, volvéis a salir y os escondéis donde os parezca. Es preciso ver, enterarse...
TERESA. Sí, sí. Esa historia me interesa mucho...
ENRIQUE. ¡Y a mí, y a mí! Es como si leyera una novela.
HELIOD. Con estampas. Ahora dispersión general, y después al acecho.
TERESA. Sí, sí. ¿Dónde puedo yo esconderme?
ENRIQUE. Ven conmigo.
TERESA. Juntos será más difícil que no nos vean.
ENRIQUE. No, no; verás, yo sé muchos escondites.
HELIOD. Sí, sabe más de lo que tú te figuras.
ENRIQUE. ¡Tío!
HELIOD. Hasta luego; aquí a comunicarnos las observaciones... ¡Estoy en mis glorias! (*Se va por el foro, y Teresa y Enrique por el segundo término izquierda.*)

ESCENA V

NATIVIDAD por el tercer término izquierda. JESÚS por el tercer término derecha.

- JESÚS. Creí que hoy no venías; creí que me habías engañado ayer para que me fuera antes.
NATIVIDAD. No; había gente en el jardín y no sé todavía... Gracias a que será la señora Marquesa joven, que es muy buena y no dirá nada. Me ha tomado tanto cariño y yo a ella... Es muy buena. Pero no puedo estar mucho tiempo.

JESÚS. No. ¿Para qué? Este anochecido me embarco...
¿Qué dicés?

NATIVIDAD. ¿Qué voy a decir?

JESÚS. Algo... Que lo sientes o que te alegras; algo verdad, que nunca dices nada.

NATIVIDAD. ¿Qué voy a decir? Que me alegro, no es verdad; que lo siento, no vas a creerlo; de modo que para ti como si fuera verdad. Por eso me callo, es lo mejor.

JESÚS. No nos volveremos a ver. ¡Parece mentira! Separarnos, no vernos más, no saber uno de otro.

NATIVIDAD. ¿Por qué no hemos de saber?

JESÚS. Pensarás que yo voy a escribirte a tu casa y que el otro te consentirá escribirme... Es decir, el otro puede que sí lo consintiera; como no te quiere, como sólo se casa contigo por su conveniencia...

NATIVIDAD. Eso no; me quiere, nos queremos.

JESÚS. No es verdad, no es verdad, no os queréis. Si no os habéis hablado dos veces sin testigos, y para eso os habían dicho antes lo que teníais que deciros. Si eso no es querer; querer es decirse todo lo que uno lleva dentro, lo bueno y lo malo... Y él, ¿qué te ha dicho nunca? ¿Y qué sabes tú de él? Lo que te han dicho: que es muy formal, muy trabajador, no se lo niego, y que es muy bueno, porque ha sabido aplicarse al primer oficio a que le pusieron. ¡Si acertaron con su gusto y con su habilidad! Cada uno servimos para una cosa. Yo también serviré para algo, ya daré con ello. Yo he leído que los que han hecho más cosas en el mundo, al principio han andado siempre muy torpes y muy mal mirados, y todo el mundo creía que no servían para nada. Ahí está Cristóbal Colón, el que descubrió la América, y muchos sabios, y hasta los santos, al principio, por lo regular, eran muy malos.

NATIVIDAD. Déjate de novelas, Jesús; más te valiera no haber leído tantas cosas malas, que eso te ha hecho ser como eres.

JESÚS. Como soy, como soy. ¡Válgame Dios que son cosas que no pueden perdonarse! Yo no soy ingrato, no lo fui nunca, aunque lo digan todos, pero a mí no se me ha tratado como a ti; las mujeres caéis mejor en todas partes, y a ti siempre te miraron como si hubieras nacido aquí; a mí, no; yo siempre como de fuera, de muy lejos; porque sabían que mi madre era africana, porque había nacido allá, en Orán, pero de españoles, tú lo sabes; de chico me llamaban el morito y judío, y el de los títeres, y a cualquier cosa, con la misma canción: «Es la sangre, la sangre que no le deja...» Contigo no; como eres así, menuda y blanca, y tan rubia; como no conocieron a tu madre ni a ninguno de los tuyos, ni sabían de dónde eres, creyeron que habías venido por milagro, del mar o del cielo, tú sola, y a ti siempre te quisieron todos; pero a mí no, a mí nadie... Así hubieran dejado que me ahogara; esa hubiera sido la caridad.

NATIVIDAD. No digas barbaridades; ¿lo ves como eres desagradecido?

JESÚS. Es que con darle a uno la vida, si la vida es mala, ¡bueno está el favor!

NATIVIDAD. Es muy tarde, Jesús. Los señores van a despertarse. (*Pausa.*)

JESÚS. ¿Y cuándo es la boda?

NATIVIDAD. El domingo, ya lo sabes... ¡No me preguntes, no hablemos más de eso!

JESÚS. No, ni nada, de nada ya. El domingo estaré yo muy lejos. Para olvidar, dicen que cada legua es un año; veré si es verdad.

NATIVIDAD. Se oye gente en la casa.

JESÚS. ¡Qué miedo tienes! Si me ven vas a perder tu acomodo, ¿verdad? No, no lo pierdas; la conveniencia es lo primero.

NATIVIDAD. ¡Jesús! (*Pausa.*)

JESÚS. No, si tienes que ser tú la primera que diga adiós, yo no te lo digo...

NATIVIDAD. Mira que eres... Si yo te quiero mucho.

JESÚS. Pues entonces, ¿qué cariño es ese? No me quie-

res como yo a ti, que no he pensado en otra mujer más que en ti en mi vida; para mí, como si no hubiera otra; me parecía que Dios nos había salvado juntos para no separarnos nunca... Si me quisieras... ¿A que no eres capaz, a que no te atreves?

NATIVIDAD. No; no vuelvas a decirme lo que ayer. Eso sí que es no quererme; eso sí que es ser malo... ¡Escaparnos! ¡Escaparme yo como una mala mujer!... ¡Calla, calla!

JESÚS. Tienes razón. ¿Qué dirían las señoras y todos, y qué te esperaba conmigo? Era echarse en brazos de Dios; y Dios no hace milagros todos los días... Ya nos salvó una vez..., y la gente, la gente ya hizo bastante: nos han dado pan, nos han protegido, dicen que nos han hecho mucho bien...

NATIVIDAD. Y es verdad; tú que no sabes agradecerlo.

JESÚS. Eso habrá sido; ya me castigan, ya...

NATIVIDAD. ¡Quién sabe si será tu suerte! ¡Ojalá seas muy rico y muy feliz!

JESÚS. ¡Ojalá no lo seas tú nunca!

NATIVIDAD. ¡Así me quieres!...

JESÚS. Para que te acuerdes de mí. Porque si eres feliz, ¿para qué ibas a acordarte?... Dirías siempre: Bien hice en lo que hice, y no te pesaría nada.

NATIVIDAD. ¡Qué modo de pensar!

JESÚS. Como lo siento. Por supuesto, ¡tantas cosas siento y me las callo!... Dime adiós, adiós... para siempre. ., yo no lo digo... Aunque también dicen que soy hereje, creo en Dios, y creo que no es para siempre, no sé por qué, pero es que no puede ser, vaya ..

NATIVIDAD. Adiós...

JESÚS. No, no te doy un beso; para el otro todos... Mio fué el primero, que vale más que todos. (*Vase corriendo por el foro derecha. Natividad se queda llorando, y al observar que viene gente se va por el tercer término izquierda.*)

• ESCENA VI

TERESA y ENRIQUE, que salen por el segundo término izquierda.
DON HELIODORO por el tercer término derecha.

TERESA. ¿Has oído?

HELIOD. Sí. ¿Y vosotros?

ENRIQUE. Todo. ¡Pobre Jesús!

TERESA. ¡Pobre Natividad!

ENRIQUE. Ella no; ¡si ella le quisiera...!

TERESA. ¿Tú qué sabes de eso? Yo te digo que ella me da más lástima.

HELIOD. Pues a mí los dos..., y ninguno si no hacen caso de mí. Ahora mismo voy detrás de Jesús, le cojo, le hablo... y... Ya veréis, ya veréis.

TERESA. ¡Pero tío!...

HELIOD. Nada, nada. Hoy estoy templado, y por si acaso voy a templarme más todavía. Esto lo arreglo yo, o no lo arregla nadie. Me siento genio protector, hada bienhechora como en las comedias de magia. De lo que ando mal es de talismanes... Porque aquí no vale más que un talismán, el dinero... ¡Dinero! Y con diez pesetas prestadas no se puede hacer mucha magia. Pero allá voy, allá voy... Heliodoro o el genio del amor... Preparad las bengalas para la apoteosis. (*Vase corriendo por el foro derecha.*)

ESCENA VII

TERESA y ENRIQUE

ENRIQUE. Hará alguna atrocidad.

TERESA. Dejémosle; ya lo dirá el resultado. ¿Lo razonable la locura? ¿Qué los diferencia en nuestra vida sino el resultado?

ENRIQUE. ¿Pero te alegrarías como yo de que Natividad no fuera razonable? Habría que oír a mamá y a

todos esos señores; ellos, que están tan ufanos con su asociación, creen que de ellos depende la felicidad en esta vida y la salvación en la otra de todos sus protegidos. ¡Lo que dirían! Cuando pienso en esto, mira, comprendo que la muchacha no se atreva... Pero ¿quién les manda disponer así del corazón de las gentes?... Claro que ellos dicen: No, nosotros en esos asuntos los dejamos en libertad, libertad completa; no hacemos más que indicar, proponer...

TERESA.

Sí; pero cuando se indica y se propone en nombre de beneficios recibidos; cuando se juzgaría ingratitud la menor protesta, rebeldía la menor resistencia... Y cuando se está solo en el mundo y protestar es aventurarse a lo desconocido, o peor todavía, a lo ya conocido, a la pobreza, en la que nadie puede responder de su corazón ni de su conciencia..., porque sólo el que pasó por ello puede saber lo que acobarda ser pobre, sin nada de lo que alegra la vida, de lo que da independencia a nuestro corazón y a nuestras acciones.. Y un día y otro la misma perspectiva de luchar y luchar desesperado... Créelo; a los que sucumben y desfallecen en esta lucha, sólo los que han vivido algún tiempo en la pobreza deben juzgarlos; los demás no tienen derecho.

ENRIQUE.

Sí..., para una mujer sola sobre todo... Comprendo que Natividad se resigne. Pero es muy triste resignarse, y al empezar a vivir, vivir ya de recuerdos... Porque el primer amor no debe olvidarse nunca. ¿Verdad?

TERESA.

¡El primer amor!

ENRIQUE.

¿Tú no has querido nunca?

TERESA.

¡Enrique!

ENRIQUE.

No me dirás que tu marido fué tu primer amor, ni creo que el segundo, aunque no hayas querido más que una vez.

TERESA.

¡Enrique!

ENRIQUE.

Tu historia en la de Natividad; por eso te interesa tanto. También a ti te salvaron de un naufragio... Y tú acabas de decirme por qué te ca-

- saste. Y de seguro hay algún recuerdo en tu vida. Ese primer amor que no se olvida nunca.
- TERESA. ¡Bah! Eso crees. Dentro de algunos años tú me dirás si se olvida, yo no puedo decírtelo. A la edad en que pude sentir ese primer amor, fué cuando todas las tristezas cayeron sobre nuestra casa. Nadie me habló de amor. Para los de mi clase, yo no era un partido ventajoso; para los de clase más humilde era todavía mucho...; una señorita mal acostumbrada, como suele decirse. A unos no les convenía yo, pobre; los otros no se atrevían a ofrecermé su pobreza. Y piensa que, unos por calculadores, otros por cobardes, mal podían inspirarme simpatía. Así es que ese primer amor, que nunca se olvida, como tú dices, para mí no ha existido... Yo no puedo tener ese recuerdo, y si no hay un recuerdo de amor en mi vida, comprende que ya mucho menos puede haber una esperanza,
- ENRIQUE. ¡Esperanza! Yo tampoco tengo esperanza y soy joven... como tú.
- TERESA. ¿Como yo? Tú eres un niño.
- ENRIQUE. Pues como si fuera un viejo, porque ya toda mi vida será para mí un recuerdo.
- TERESA. ¡Qué gracioso! Ya te dije que dentro de unos años, muy pocos, volveré a preguntarte por ese recuerdo... Cuando en este jardín haya otras flores como éstas, que ya no serán éstas..., y otras mariposas blancas y azules como éstas..., que tampoco serán las mismas...
- ENRIQUE. Pero yo sí, yo seré el mismo.
- TERESA. Como el jardín..., ¿verdad? Pero en tu corazón habrán florecido otras flores, y en tu pensamiento revolotearán otras mariposas.
- ENRIQUE. ¿Mariposas? No..., mira, mira..., un abejorro es lo que revolotea. ¡Mal agüero!
- TERESA. ¿Eres supersticioso? No; al aire libre no es mal agüero; sólo cuando se entra en nuestra habitación y zumba alrededor nuestro. Pero aquí no... Mira en cambio cuántas mariposas blancas, azules...

- ENRIQUE. Las blancas son noticias alegres que llegan...
¿Esperas alguna buena noticia?
- TERESA. ¿Yo? ¿De quién? ¿De dónde? ¡Ah!, sí; espero una carta, una carta...
- ENRIQUE. ¿De quién?
- TERESA. De mis hijitas... no, de mis hermanas, de las niñas; les escribí al colegio una carta que les habrá alegrado a ellas también. ¡Las pobres criaturas, sé yo que estaban tristes! De pequeñas nos cuentan historias de madrastras, ¡historias horribles! Alguien les habría dicho, con mala intención, que ellas también tenían madrastra... Escribieron a su padre muy triste, pero yo les escribí en seguida una carta con tanto cariño, con todo mi corazón, y espero que me contesten con muchos besos, llamándome mamita, mamita suya... Ya lo ves..., no hay duda, hoy llega la carta; me lo anuncian las mariposas blancas.
- ENRIQUE. ¿Y las mariposas azules, qué anuncian?
- TERESA. Cuando yo era niña, en el colegio, creíamos que venían de parte de los muertos que nos quisieron en vida y estaban en el cielo, de las almas bienaventuradas; en los camposantos hay muchas mariposas azules.
- ENRIQUE. Pues si es eso, dentro de algún tiempo, de muy poco, cuando vuelvas aquí, verás cuantas mariposas azules.
- TERESA. ¡Ja, ja!... ¿Piensas morirte, primito?
- ENRIQUE. No te rías... ¿Crees que soy un niño? ¿Que no siento, que mi vida no es muy triste? Yo sé querer aunque no me quieran.
- TERESA. ¡Ya!; ese primer amor que nunca se olvida. ¿Y quién es, quién es? ¿Puedo yo saberlo?
- ENRIQUE. No te burles de mí.
- TERESA. ¿Burlarme? No. De nada que sea tristeza para nadie... Pero ya olvidarás ese amor, te lo aseguro...
- ENRIQUE. ¿Tú qué sabes si puede olvidarse?
- TERESA. ¿El primero? Sí, Enrique. Ya verás qué poco significa para ti su recuerdo y las mariposas

blancas, que anuncian cartas de los ausentes, y las mariposas azules, que nos saludan de parte de los muertos... Ya lo verás; eres muy niño... ¡Tu primer amor! ¿No has de olvidarlo?...

ENRIQUE. Así lo hubieras sentido tú, a ver si te acordabas siempre.

TERESA. ¿Quisieras que hubiera sentido el primero? Pues más que eso, Enrique, el que no se olvida, ese sí que no se olvida. ¡El último!

ENRIQUE. ¡Teresa!

TERESA. ¡Chist! Quita, quita. ¿No ves? El abejorro, que vuelve a zumbar. Ayúdame a espantarlo.

ENRIQUE. ¡El abejorro! Doña Esperanza y Asunción que llegan al jardín... Ésas sí que son de mal agüero... y oportunas...

ESCENA VIII

DICHOS, DOÑA ESPERANZA y ASUNCIÓN, que salen por el foro derecha.

ESPERANZA. Teresita, muy buenas tardes. Adiós, Enrique.

TERESA. Muy buenas tardes.

ENRIQUE. ¡Señoras!

ASUNCIÓN. La Marquesa dormirá la siesta todavía.

TERESA. No tardará en despertarse.

ESPERANZA. Hemos venido tan temprano para ver a tu tía antes de la Junta y dejar arreglados los turnos de la Mesa de petitorio para la novena de la Buena Esperanza. Si lo dejamos para la Junta, todo es disgustos; hay señoras muy impertinentes que todo lo quieren a su comodidad.

ASUNCIÓN. Todas quieren pedir a la hora de la función; sobre todo donde hay muchachas, para lucirse y tontear con los novios.

ESPERANZA. Y a esa hora conviene que estén en la Mesa señoras de respetabilidad como la Marquesa y como tú, si te dignas acompañar a tu tía.

TERESA. Con mucho gusto.

ASUNCIÓN. Porque lo importante es que suba la cuestasión. Y personas como tu tía, respetadas y conocidas de lo más principal, son las que convienen a esa hora, que es cuando asisten más caballeros a la iglesia. Los muchachos mucho monear y sonreír con las muchachas...; pero los pobres chicos, ya se sabe, por puro compromiso dejan sus dos pesetas; y si pueden, de las dos, una falsa.

ESPERANZA. El año pasado tuvimos la debilidad de dejar ese turno a las de don Casimiro, y aparte del escándalo que dieron, presentándose vestidas como para una corrida de toros, nos perjudicaron en más de doscientos reales.

ASUNCIÓN. Además de que hubo un disgusto porque el padre Miguel habló en el sermón de las que se pintan y todo el mundo se fijó en ellas, y ellas se enfadaron con el padre y dijeron que era una inconveniencia decir esas cosas desde un púlpito. Ya ves, el pobre padre Miguel, que, según nos confesó luego, no creía que hubiera aquí ninguna señora que se pintase, y por eso habló, para que nadie pudiera darse por molestado.
(*Pausa larga.*)

ESPERANZA. ¿Qué hora será? ¿No llegaremos tarde a la Junta?

ENRIQUE. ¿Quieren ustedes que avise a mamá?

ESPERANZA. No, no; que no se moleste, hay tiempo. (*A Teresa.*) Y me alegro de encontrarte sola. Tengo que decirte algo y prefiero que no esté delante tu tía.

TERESA. ¿A mí?

ESPERANZA. Tú sabes cuánto te quiero; creo que en nada de lo que pueda decirte verás nunca más que el mejor deseo hacia ti por mi parte.

TERESA. Ciertamente. ¿He cometido alguna falta sin advertirlo y sin que mi tía lo advierta?... Porque me hubiera llamado la atención, de seguro.

ESPERANZA. ¿Tu tía? Mira, en confianza, tu tía ha sido la que nos ha encargado de advertirte.

TERESA. Me lastima esa falta de confianza.

ESPERANZA. ¡Por Dios, no vayas a darte por enterada! Tu tía

dice que ya te ha hecho bastantes advertencias y teme molestarte, pero lo primero que nos encargó es que no dijéramos que era cosa suya...; lo que hay es que yo no sé fingir, creo que se me conoce en la cara.

TERESA. Pero ¿qué he hecho yo? Díganme ustedes sin rodeos...

ESPERANZA. Tú eres muy joven, Teresita; estás educada muy a la moderna, y no das importancia a muchas cosas: eso prueba tu buena intención; pero el mundo, hija mía, no puede penetrar en las intenciones; juzga por lo que ve, por lo aparente.

TERESA. Pero ¿qué he hecho yo?

ASUNCIÓN. No, no te asustes. Es que se ha comentado mucho que te bañes a las nueve de la mañana; a esa hora no se baña aquí ninguna señora, y parece que es significarse.

TERESA. Si es que a mí me gusta nadar a mis anchas, playa adentro; el baño es para mí un ejercicio; me acostumbró mi padre; ¡tenía yo un miedo al mar de pequeña!; pero mi padre no podía tolerar que se tuviera miedo a nada.

ESPERANZA. Tu padre fué siempre muy exótico; las mujeres debemos tener miedo a muchas cosas... Créelo, hija mía, el miedo es la mitad de la virtud.

ENRIQUE. Ya lo oyes. Desde mañana te bañarás a las once de la mañana, muy cogidita a la maroma, y cada vez que llegue una ola, darás un chillido horrible, es la costumbre. A esa hora la playa tiene poco que ver, pero tiene mucho que oír.

ASUNCIÓN. ¡Vaya con Enriquito! Parece que vas sacando los pies del plato. ¡Cómo se conoce que no está presente tu mamá!

ESPERANZA. Nosotras aconsejamos a Teresita por su bien; pero si ella no lo agradece...

TERESA. Sí, sí; ¡no faltaba más!...

ASUNCIÓN. Lo mismo sucede con el traje de baño.

TERESA. ¿También el traje?

ASUNCIÓN. Ya sabemos que es lo que se usa en San Sebastián y en esas playas a la moda, pero aquí nadie se atrevería a llevarlo.

TERESA. Pues ¿qué se lleva aquí?

ESPERANZA. ¿No lo has visto? Un túnico muy cerrado al cuello y que llega hasta los pies.

ASUNCIÓN. Más bien con un poco de cola.

TERESA. ¿Y si se levanta aire?

ESPERANZA. Hija, por Dios, debajo se llevan pantalones; unos pantalones bombachos que son como una falda...

TERESA. ¿Y quién nada con eso?

ESPERANZA. Es que eso de nadar tampoco está bien. El baño es el baño, y esos ejercicios no son propios de señoras; ayer nos dijeron que llegaste hasta la barca de salvamento, y que te sentaste allí a descansar, y estuviste hablando con el marinero..., un hombre...

TERESA. Muy viejo por cierto.

ESPERANZA. ¡Pero un hombre!

ASUNCIÓN. ¡Un hombre! ¡Ah!

ESPERANZA. Y tú en aquel traje..., tú crees que nadie se fija; y a la media hora, ya lo sabíamos; te vió don Rosendo, que estaba en su azotea, con el antejo de larga vista.

ASUNCIÓN. Y que no se le escapa nada; por él se han sabido más de cuatro cosas en el pueblo.

ESPERANZA. Enriquito se acordará de alguna.

ENRIQUE. ¿Yo?

ASUNCIÓN. Sí; un día que estaba tendiendo ropa una criada en la azotea de esta casa, y tú no andabas muy lejos.

ENRIQUE. ¿Yo? ¿Yo? ¿Y ha dicho don Rosendo...? Díganle ustedes de mi parte que puede mandar a componer el antejo... ¡Canastos con el antejo de don Rosendo! ..

TERESA. Sí que es gracioso...

ENRIQUE. Mamá se ha despertado; ya baja al jardín...

ESPERANZA. ¡Por dios, Teresita, no nos descubras con tu tía!

TERESA. Descuiden ustedes; si yo agradezco...

ENRIQUE. Es de agradecer... (*Bajo.*) En todo han de meterse... Por supuesto, no vayas a creer lo de la azotea...

ESCENA IX

DICHOS, la MARQUESA y el MARQUÉS, por el segundo término izquierda.

MARQUESA. ¿Llevaban ustedes aquí mucho tiempo? ¿Por qué no me han avisado?

ESPERANZA. ¡No faltaba más! Estaba usted descansando... ¡Querido Marqués! ¿Cómo lo pasa usted entre nosotros?

MARQUÉS. Encantado con mi veraneo. ¡Qué hermosa tranquilidad! Yo no sé cómo no acude aquí gente de todas partes.

MARQUESA. No, por Dios; perdería todo su encanto; estamos muy bien así; en familia, porque aquí somos todos una familia.

ENRIQUE. *(Bajo a Teresa.)* Por eso es tan aburrido.

TERESA. *(Idem.)* Si te oyesen, si sospechan que dentro de ti hay un revolucionario...

ENRIQUE. *(Idem.)* No lo sabes bien.

MARQUESA. *(Bajo a Esperanza y Asunción.)* ¿Han dicho ustedes a Teresita?...

ESPERANZA. Sí; pero no sé por qué me parece que no le ha caído muy bien; yo sentiría...

MARQUESA. Es toda a su padre; cada día me convengo más.

ASUNCIÓN. Y siento decirle a usted que desde que ella está aquí, Enrique ha cambiado mucho.

MARQUESA. ¿Qué dice usted, mi hijo?...

ESPERANZA. Sí, sí; está más despierto. Demasiado despierto. Obsérvele usted; a una madre no se le escapa nada.

MARQUÉS. *(A Teresa.)* Aquí tienes una carta de las pequeñas. . No, ésta es para mí; ésta es la tuya.

TERESA. ¡A ver, a ver! ¡Qué alegría! Ya decía yo. ¿Lo ves, Enrique?

ENRIQUE. ¿La carta que esperabas?

TERESA. Sí, sí.

ESPERANZA. *(A la Marquesa.)* Hemos venido para fijar los turnos, y que no haya discusiones. Lo que usted disponga lo respetará todo el mundo.

MARQUESA. Nos sentaremos en el cenador. Enrique, tráenos papel, tintero y pluma.

ENRIQUE. Voy en seguida. *(Vase por el segundo término izquierda, y a poco sale por el mismo sitio con lo que le ha pedido la Marquesa.)*

MARQUESA. Haremos las apuntaciones.

ASUNCIÓN. Este año no hay más remedio que contar con la del Indiano, después del donativo que hizo...

ESPERANZA. Y la verdad sea dicha, hace mucho tiempo que no ha dado ningún escándalo. Por supuesto, yo nunca he creído la mitad de lo que se ha dicho de ella.

MARQUESA. Es que la mitad ya era bastante...; pero, en fin, si le ha llegado la hora del arrepentimiento... *(Se va en unión de doña Esperanza y Asunción, hablando por el tercer término izquierda, y detrás de ellas Enrique.)*

ESCENA X

TERESA y el MARQUÉS

MARQUÉS. ¿Que te parece la carta? No te quejarás; escriben como deben escribirte: obedientes, respetuosas.

TERESA. Sí, sí...

MARQUÉS. Como yo les he dicho que debían escribirte...

TERESA. ¡Ah, tú! ¿Has sido tú quien...; tú les has dicho?... Entonces, mi carta...

MARQUÉS. ¿Tu carta? Mira, Teresa; cuando me leíste la carta que habías escrito, no quise decirte nada; eres muy nerviosa, muy impresionable, pero desde luego me pareció impropia; era una carta..., ¿cómo te diré yo?, sentimental, exagerada; a las niñas les hubiera extrañado; era la carta de otra chiquilla como ellas; en una palabra, sin decírtelo, me pareció lo más conveniente no enviarla. Ahora ya puedes escribir con más calma, con menos nervios, sentando las relaciones en

el pie de cariño y de respeto natural...; pero sin arrebatos... Yo no pretendo que las quieras como si fueran tus hijas; ya sé que es imposible; quiero que te respeten, que sepas hacerte respetar; me pongo en lo justo, en lo razonable; no pido imposibles...

TERESA. No, no; ya se ve..., no pides imposibles... Pero esa carta..., esa carta..., di lo que tú quieras, yo la escribí con toda mi alma, yo hubiera querido que ellas la leyeran... Y tú... No, no has hecho bien, te lo digo: ni por mí ni por tus hijas; no has hecho bien.

MARQUÉS. Vaya, vaya; dejemos los nervios.

TERESA. Los nervios, los nervios; no debo tenerlos. No me conozco: la vida es más fuerte que nosotros, sabe cómo domarnos... ¡Ay, mis nervios de niña voluntariosa, mimada, cuando vivían mis padres, cuando todo el mundo estaba pendiente de mis caprichos; entonces sí, entonces eran nervios!... Ahora no; ya lo ves; callo a todo, lo sufro todo...

MARQUÉS. ¿Qué quieres decir?

TERESA. Nada, nada; no digo nada. Lo sospechaba antes, hoy he adquirido la certeza. Hay que ser prudente, callar, fingir... Descuida, no volveré a dejar hablar a mi corazón... Tú verás cómo calla, ya te pesará su silencio...

MARQUÉS. Cuando estés más tranquila, hablaremos... Ahora sí, agradeceré que delante de la tía no hables de este modo.

TERESA. Descuida; he dicho que aprenderé a callar.

MARQUÉS. No es mal principio de aprender a ser prudente.

TERESA. ¡Ah!... (*Vase el Marqués por el tercer término derecha, y Teresa queda sentada llorando.*)

ESCENA XI

TERESA y D. HELIODORO, que sale muy contento por el foro derecha.

HELIOD. Tengo talismán, tengo talismán... ¿Eh? ¿Qué sucede? ¿Has llorado?...

TERESA. Nada, nada. Decías que... ¿Un talismán? ¡Ay tío! ¡Qué cara traes..., cómo vienes!

HELIOD. No hagas caso. No era cosa de hablar con Jesús en medio de la calle; entramos a sentarnos en un establecimiento, una pastelería, no vayas a creer... ¡Pero soy feliz! ¡Ah! De esta vez les doy un disgusto; ya era hora... ¡Ah, señoras y señores graves, puedo más que ustedes, tengo talismán!

TERESA. Pero, tío, ¿qué disparates, qué talismán es ése?

HELIOD. Mira... (*Enseñándole la cartera con billetes de Banco.*) ¡Dinero! ¡Dinero! Y esto no es nada; a Jesús le di otro tanto... Se embarcarán juntos, serán felices, a esas señoras les dará un soponcio, habrá quien reviente del sofocón... ¡Si fuera quien yo dijera!...

TERESA. Pero dime, explícame... Tú no estás bueno, tío.

HELIOD. ¿Yo? Como nunca. Estoy glorioso. Avisa a Natividad, que venga en seguida. Jesús nos espera, la llevaré yo mismo.

TERESA. Pero, tío, eso no es posible.

HELIOD. ¿Que no? Todo está arreglado. Sólo falta convencer a Natividad.

TERESA. Pues falta todo. Y si lo que has pensado es una fuga novelesca, desde ahora te lo digo, es una atrocidad; ni la muchacha consentirá en ello, y yo sería la primera en impedirlo.

HELIOD. ¿Tú? ¡Ah! Pues si mi sobrino Enrique no fuera tan joven, os embarcaba también.

TERESA. ¡Tío! ¿Qué dices?

HELIOD. ¿Crees que no he notado el efecto que tu presencia ha causado en Enrique? El de una aparición fantástica.

TERESA. ¡Calla, calla!

HELIOD. El amor de Querubín por la Condesa, su madrina. He sorprendido unos versos suyos, muy malos, naturalmente, pero apasionados. ¡Oh!

«Tú que en la noche de mi vida triste como rayo de sol apareciste...»

Luego habla de unas visiones muy desagradables, que deben ser doña Esperanza y doña Asunción y don Francisquito, y luego surges tú, aparición celestial, toda luz, toda fragancia...

TERESA. Bueno, tío, eso es broma tuya.

HELIOD. Bromas, sí, bromas... ¿Quieres decirme que tú no te has enterado antes que yo? ¡Buenas sois las mujeres para no enteraros de esas cosas!

TERESA. Como tú quieras... Pero dime lo que importa. ¿Viste a Jesús? ¿Hablaste con él?

HELIOD. Procedamos con orden... Al salir de aquí, pasé por el Casino, entré a recoger mi correspondencia, y... ¡oh sorpresa!, encuentro una carta de un amigo antiguo, un perdulario como yo, a quien había yo prestado en una noche de apuro una cantidad..., digo prestado por decir algo...; pero lo que yo digo: «Alguna vez se recoge lo que se arrojó al viento... Hoy me escribe diciéndome: «Sé que estás apurado, me coge con dinero, y me acuerdo de que siempre fuiste generoso conmigo.» Y me incluye una letra... Figúrate; corro a casa de Zurita, del malo, que, naturalmente, es el que tiene siempre fondos disponibles; me paga la letra, y ya poseedor de mi talismán, busco a Jesús, le encuentro, hablamos, convenimos en nuestro plan... ¡Ah!, también hablé con Martín; el infeliz me confesó que sólo se casa por casarse, por respeto, por gratitud... y por conveniencia también. Pero que si ella es la primera en decir que no le quiere, él se conforma... ¡Ya lo creo que se conforma; tiene un miedo a Jesús!... Y como ya lo sabes todo, ahora avisa a Natividad. Aunque supongo que

ya sabe algo. Jesús quedó en avisarla como pudiera; le dejé escribiendo una carta. ¡Qué carta! Tan mal escrita como los versos de Enrique...; pero con qué fuego!... Aquí viene Natividad. ¡No te dije! ¡Ya lo sabe!

ESCENA XII

DICHOS y NATIVIDAD por el tercer término izquierda.

NATIVIDAD. Señorita, protéjame usted, defiéndame usted; usted es muy buena;

TERESA. No te aflijas, mujer, ¿qué ocurre?

NATIVIDAD. ¡No sabe usted! Jesús me ha mandado una carta; dice que si no me voy con él hoy mismo, ahora mismo, será la perdición de su vida..., y dice, ya ve usted qué locura, que tiene dinero; ¿de dónde puede haberlo sacado honradamente?... Ya ve usted, eso no puede ser. Yo no quiero decir nada a la señora Marquesa, porque le costaría caro; pero eso no puede ser... Protéjame usted, señorita.

TERESA. No tengas miedo, no llores.

HELIOD. No pienses nada malo de Jesús. Esa carta te la ha escrito delante de mí, por consejo mío; ese dinero se lo he dado yo; con él podrá trabajar, podréis estableceros.

NATIVIDAD. ¡Usted!...

HELIOD. Sí, yo; yo que soy así, algo loco, y quiero que seáis felices con vuestro cariño, porque tú quieres a Jesús, y él te quiere, y es lo justo y la verdad, y es lo que debe ser... Martín, él mismo lo ha confesado, se casaba contigo como tú con él; no creas que le costará la vida el desengaño.

NATIVIDAD. ¡Pero don Heliodoro!...

HELIOD. Vamos a ver; hablemos con franqueza lo que tú sientes, lo que tú quieres... Si supieras que por decir: Yo no quiero más que a Jesús, no me ca-

saré más que con él, no pasaba nada, ni esas señoras se indignaban, ni decían que era ingratitud, ni te retiraban su protección, y a Jesús le perdonaban sinceramente, y los dos erais muy felices... ¿Qué dirías?

NATIVIDAD. De ese modo, sí.

HELIOD. Porque tú quieres a Jesús, ¿verdad?

NATIVIDAD. Si no lo quisiera, no me costaría tantas lágrimas.

HELIOD. ¿Y te casarías con él mejor que con el otro?

NATIVIDAD. Sí, señor, sí; a ustedes se lo digo.

TERESA. Entonces...

HELIOD. Entonces, no hay más que hablar.

TERESA. Pero tú crees que si Natividad dijera...

HELIOD. No dice nada... Decir sería inútil... Conozco a esta gente: primero se indignarían; después, cuando vieran que la indignación era inútil, simularían calma, calma hipócrita..., y con suavidad, con dulzura, con todas sus artes capciosas, conseguirían que Jesús volviera a parecer un malvado, que tú lo creyeras; aprovecharían cualquier debilidad, cualquier irresolución, triunfarían al cabo..., yo los conozco... Y eso es lo que yo no quiero... No, no; mar y tierra por medio es lo mejor. . Así, ni se les ve ni se les oye en sus aspavientos y en sus chillidos..., y lo que no se ve ni se oye, como si no existiera... Vamos, Natividad, no dudes; es el mejor modo, el único...; de otro modo, no cuentes con mi protección, que, por lo menos, es tan generosa como la de esa gente y mucho más desinteresada.

NATIVIDAD. Señorita... ¿Oye usted? Yo no puedo irme así.

HELIOD. Así, así... En el primer puerto os casáis, o en el barco; el mareo es caso de artículo *mortis*; o si os parece mejor no os casáis, y así estáis menos atados si algún día os pesa.

TERESA. Tío, no digas atrocidades.

HELIOD. ¡Eh, ya me conoces!... Vamos, ¿qué decides, qué dudas?

TERESA. Pero eso no puede ser... Que hable francamente, que tenga valor.

HELIOD. Sí, sí, muy bonito; pero ya os dije lo que sucedería... Escucha, Natividad, y tú también. Yo no te aconsejo; vas a ser tú, otra mujer como tú. ¿Tú quieres mucho a la señorita, verdad?

NATIVIDAD. Sí, señor, sí.

HELIOD. ¿Crees que es muy buena, muy virtuosa, que no puede aconsejarte nada malo?

NATIVIDAD. No, señor, no.

HELIOD. Y si ella te dice: Vete con el hombre que quieres, ¿te irás? Contesta.

NATIVIDAD. Si la señorita lo dice...

TERESA. ¿Yo?...

HELIOD. Contesta.

NATIVIDAD. Si la señorita me lo dijera...

HELIOD. Ahora tú... Ya lo ves.. Piénsalo bien, en conciencia: De ti depende la suerte de esta criatura... A ti te han casado como quieren casarla a ella... Su vida será lo que es la tuya..., unida a un hombre para siempre, sin cariño, ni intimidad, ni confianza, como dōs personas que miden y pesan sus palabras para ocultar más que para descubrir sus sentimientos. Ahora hablo en serio, muy serio, solemne si quieres... ¿Qué dice tu corazón, qué dice tu conciencia?...

TERESA. Me preguntas en un momento de horrible tristeza, cuando acabo de percibir muy claro lo que será mi vida .. Como tú dices, sin cariño, sin intimidad, sin confianza... Mi corazón no dudaría... Pero es grave la responsabilidad de disponer así de la vida de nadie. ¡Si fuera su desgracia!.. Yo no puedo aconsejarte nada, yo no puedo decirte nada... Que resuelva tu corazón...

HELIOD. ¿Pero el tuyo qué dice? La verdad, por lo más sagrado, por la verdad misma, que es lo más sagrado que existe y el primer deber de nuestra vida, buscar la verdad en nuestra vida, cueste lo que cueste.

TERESA. Sí, tienes razón... Acaso es la pobreza, acaso es la desgracia, pero es un cariño verdadero el que te llama .. Si sólo fueras feliz un día, ya serías

más feliz que los que nunca lo seremos y no podremos decir siquiera que lo fuimos.

HELIOD. ¿Oyes?

NATIVIDAD. ¡Señorita!

TERESA. ¿Quieres mucho a ese hombre?

NATIVIDAD. Sí, señorita; le quiero mucho y me da mucha pena, porque siento que sólo conmigo podrá ser bueno, que él solo por el mundo acabaría por ser malo, y siempre tendría yo ese remordimiento.

TERESA. ¿Es verdad? Pues con él, no dudes más; sed muy dichosos; el mar os trajo juntos, que el mar os lleve.

NATIVIDAD. Señorita.., usted me dice... ¡Ay! Ya me parece que no hago mal y lloro de alegría...

HELIOD. Vamos, vamos, ven conmigo, recoge lo más preciso; saldremos por el cochérón sin que nadie nos vea.

NATIVIDAD. Señorita, nadie me habló como usted.

HELIOD. Pues yo también hablé claro, y si no es por mí...

NATIVIDAD. Usted también es muy bueno.

HELIOD. A mi manera, que no sé si será la buena. Yo sé que os queréis; no puedo saber si seréis felices... pero es ofender a Dios prevenirlo todo... Vamos, vamos.

NATIVIDAD. Señorita..., dígales usted que no soy ingrata, que no soy mala.

TERESA. No, pobre niña; dame un abrazo... Algo de mi alma se va contigo. (*Don Heliodoro se lleva de la mano a Natividad por el foro derecha, y Teresa se queda llorando y mirando por donde se van.*)

ESCENA XIII

TERESA, y a poco ENRIQUE, por el tercer término izquierda.

ENRIQUE. Teresa, Teresa, ¿volvió tío Heliodoro?

TERESA. Sí, calla; estoy inquieta. ¿Dónde están tu madre y esas señoras?

- ENRIQUE. De gran conferencia; vino *la Repelona*.
TERESA. ¡Ah!, me alegro... Hablará mucho.
ENRIQUE. Hoy vino de arrepentida. Dice que se separa de su hombre, que no quiere vivir en pecado; pide que la socorran para trabajar en su oficio...; la historia de siempre, pero siempre hace efecto.
TERESA. ¡Pobre mujer!
ENRIQUE. Pero oye, ¿qué cuenta tío Heliodoro? ¿Habló con Jesús?
TERESA. Sí, sí; ya lo sabrás... No sé lo que me pasa... ¡Siento una angustia!... No sé si hice bien, si hice mal!...
ENRIQUE. ¿Tú? ¿Por qué?
TERESA. (*Llevándole al foro.*) Mira, mira.
ENRIQUE. Natividad..., tío Heliodoro, ¿adónde van?
TERESA. ¡Calla! Vienen esas señoras. Disimula. Digo, no sé; si quisiera que aún fuera tiempo... No sé, no sé...
ENRIQUE. Pero es que al fin...
TERESA. Sí.
ENRIQUE. ¡Cuánto me alegro! ¡Felices ellos!
TERESA. ¿Crees tú que serán felices?

ESCENA XIV

DICHOS, la MARQUESA, DOÑA ESPERANZA, ASUNCIÓN,
la REPELONA. Salen por el tercer término izquierdo.

- MARQUESA. Bueno, mujer, bueno; lo que hace falta es que todo eso sea verdad.
REPELONA. ¡Ay, señora Marquesa de mi alma, doña Esperanza de mi corazón y querida hermana!; si les dicen a ustedes alguna vez que he vuelto con ese hombre y es verdad que he vuelto, digan ustedes que no merezco cosa mejor que vivir con él y verme como me he visto hasta ahora por ese gandul, sinvergüenza, borracho; que no quisiera más sino que vieran ustedes mi cuerpo, para que vieran un puro martirio, que

no me falta más que lo de santa para estar en el calendario, que por lo de mártir, otras habrá con menos motivo. ¡Y quieren ustedes que no esté arrepentida!...

ESPERANZA. Persevera, persevera en los buenos propósitos.

REPELONA. Y tan persevera como me verán ustedes siempre, señora, que si no fuera por ustedes, no sé adónde iba a volver los ojos. Estaré tan ricamente en mi oficio como estaba antes de conocerle, que no sé qué mala hora sería aquélla, que debió ser una maldición que me cayó encima.

MARQUESA. No disparates más. En todo has de ser extrema. Anda, anda con Dios, y si ese hombre te persigue y te amenaza, das parte en seguida, no digas después que te llevó por miedo.

REPELONA. ¡Ay, no señora! ¡Así me arrastrara y me hiciera pedazos, ni verle, ni verle! Vaya, señoras, Dios se lo pague, y que vivan ustedes tantos años como caridades han hecho en este mundo, que yo iré besando siempre por donde pisen.

ESPERANZA. Anda, anda, mujer...

REPELONA. ¡Qué buenas son ustedes, qué buenas!

ESCENA XV

DICHOS, menos la REPELONA; después MARTÍN por el foro derecha.

MARQUESA. ¿Qué opinan ustedes de esta conversión?

ESPERANZA. Alguna vez será la verdadera. ¿No cree usted, Marquesa...?

MARQUESA. ¿Por qué no? Yo creo que la Junta aprobará este socorro extraordinario, dado lo urgente del caso.

ESPERANZA. ¡No faltaba más! Y cuando usted quiera, Marquesa, iremos hacia allí.

MARQUESA. En seguida. Enrique, di a Natividad que recoja el envoltorio que dejé en el cuarto ropero, y que venga con él en seguida.

ENRIQUE. Voy, mamá.

TERESA. (*Bajo.*) No vayas.

ENRIQUE. ¿Eh?

MARQUESA. Vamos, hijo.

ENRIQUE. Voy, voy... ¿Y dices...?

TERESA. Sí, sí ve. ; pero tarda todo lo que puedas. (*Al ver entrar a Martín por el foro.*) No, ya es lo mismo.

MARTÍN. Con permiso...

MARQUESA. Hola, Martín... ¿Qué te trae por aquí a estas horas extraordinarias? ¿Tienes que decir algo a Natividad, o es que te parece poco tiempo el que os permitimos para hablar? En seguida sale y hablaréis, pero sólo un momento.

MARTÍN. ¿Natividad? ¡No vengo a verla, ni la veré más; y quién la verá!

MARQUESA. ¿Qué dices?

MARTÍN. Nada, señora... Que Natividad y Jesús se han embarcado y se marcha feliz a estas horas.

MARQUESA. } ¿Eh? ¿Qué dices?

ESPERANZA. } ¡No es posible! ¡Natividad!

ASUNCIÓN. } ¡Natividad! (*Llamándola las tres por todas partes.*)

MARQUESA. ¡Natividad! ¡Natividad! (*A Enrique.*) Corre a buscarla... ¡Si no puede ser, si estaba aquí!... (*A Teresa.*) ¿No estaba contigo?

TERESA. Sí, sí; pero salió...

MARQUESA. ¿Que salió? (*A Martín.*) ¿Y tú cómo sabes...?

MARTÍN. Lo sé, porque lo sé; porque me lo había dicho Jesús.

ASUNCIÓN. Yo no puedo creerlo.

MARQUESA. ¡Sería horrible!

ASUNCIÓN. Pero se la habrán llevado a la fuerza; un atropello.

MARTÍN. No, señora, no; por su voluntad y muy contenta. Ya los dos se querían, y por miedo de que ustedes no les dejaran casarse, se marchan lejos de aquí. Después de todo más vale que haya sido antes, que si hubiera sido después...

MARQUESA. Pero ¿cómo han podido marcharse; con qué medios?

MARTÍN. No, no les faltarán. Pregunte usted a don Heliodoro.

MARQUESA. ¿Mi hermano?

ESPERANZA. Es posible, Marquesa; es posible...

ASUNCIÓN. Su hermano de usted es capaz de todo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON HELIODORO, que sale por el foro derecha y oye el final de la escena.

HELIOD. Sí, yo...; yo he sido. Y estoy muy ufano y no me pesa.

MARQUESA. ¡Puedes estarlo!

ESPERANZA. No es suya toda la culpa. ¡Qué ingratitud! ¡Qué ingratitud!

ASUNCIÓN. ¡Quién lo diría de esa muchacha!

ESPERANZA. ¡Qué valor! ¡Escaparse así!

ASUNCIÓN. Ya tendrá su castigo, ya lo tendrá! (*Se oyen dentro voces de Cabrera, la Repelona y de chicos que figura los corren por las calles gritando.*)

MARQUESA. ¿Qué gritos son éstos?

ASUNCIÓN. (*Asomándose al foro.*) Esto nos faltaba... No se asome usted, Marquesa; no lo vea usted

MARTÍN. (*Asomándose también al foro.*) Es Cabrera y los chicos detrás de él como siempre.

ESPERANZA. (*Asomándose al foro.*) Cabrera borracho como siempre, y del brazo de su mujer. ¡Ese era el arrepentimiento!

MARQUESA. Calle usted, callen ustedes..., no quiero saberlo... No cuenten ustedes conmigo para nada; no quiero más Junta, no quiero entender en nada.

ESPERANZA. Tiene usted razón; esto es inaudito.

ASUNCIÓN. Esto es el fin del mundo. (*Cesan las voces y gritos dentro.*)

MARQUESA. De esta gentuza, ¿qué puede esperarse? Pero los otros, otros... Esa muchacha... ¡Qué tristeza tan grande!

ESPERANZA. Así nos paga todo el bien que se le ha hecho.

MARQUESA. El pan que han comido...

ASUNCIÓN. La vida, porque nos deben la vida.

MARQUESA. (A don Heliodoro.) Y tú, tú has tenido la culpa.

ESPERANZA. Usted, con sus predicaciones y sus ideas. Esto es obra de usted.

MARQUESA. (A Teresa.) Y tú lo sabías; ha sido una intriga, ¡pero lo sabrá tu marido, lo sabrá!

ENRIQUE. ¡Mamá!

HELIOD. No contestes.

TERESA. Sí, tienes razón; fué obra^a nuestra, de los ingratos, de los rebeldes. ¿No' es eso?

HELIOD. Sí, obra nuestra y obra buena... Y no nos pesa; estamos contentos y con la conciencia tranquila... ¿Qué dices? ¡Que fueron ingratos, que os debían el pan que comieron, que os debían la vida!... Nosotros le hemos dado algo que vale más que la vida, les hemos dado amor y libertad.

FIN DE LA COMEDIA

CATÁLOGO

DE LAS

OBRAS ESTRENADAS Y PUBLICADAS

DE

D. Jacinto Benavente.

- El nido ajeno*, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio, monólogo.
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor, comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
¡Libertad!, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El hombrecito, comedia en tres actos.

Por qué se ama, comedia en un acto.
Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manón Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Más fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los Buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.
Por las nubes, comedia en dos actos.
La escuela de las princesas, comedia en tres actos.
El Príncipe que todo lo aprendió en los libros, comedia en dos actos.
Ganarse la vida, juguete en un acto.
El nietecito, entremés.
La señorita se aburre, comedia en un acto.
La losa de los sueños, comedia en dos actos.
La Malquerida, drama en tres actos.
El Destino manda, drama en dos actos.
El collar de estrellas, comedia en cuatro actos.
La propia estimación, comedia en tres actos.
Campo de armiño, comedia en tres actos.
La túnica amarilla, leyenda china en tres actos. (Traducción.)
La ciudad alegre y confiada, comedia en tres cuadros y un prólogo. (Segunda parte de *Los intereses creados*.)

De pequeñas causas, boceto de comedia en un acto.
El mal que nos hacen, comedia en tres actos.
De cerca, comedia en un acto.
Los cachorros, comedia en tres actos.
Mefistófela, comedia-opereta en tres actos.
La Inmaculada de los Dolores, novela escénica en cinco cuadros.
La ley de los hijos, comedia en tres actos.
Por ser con todos leal, ser para todos traidor, drama en tres actos.
La Vestal de Occidente, drama en cuatro actos.
La honra de los hombres, comedia en dos actos.
El Audaz, adaptación escénica en cinco actos.
La Cenicienta, comedia de magia en tres actos y un prólogo.
Una señora, novela escénica en tres actos.
Una pobre mujer, drama en tres actos.
Más allá de la muerte, drama en tres actos.
Por qué se quitó Juan de la bebida, monólogo.
Lecciones de buen amor, comedia en tres actos.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La Sobresaliente, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.
La fuerza bruta, dos actos, música de Chaves.

Precio: **2** pesetas.